

# LA CARTERA CUBANA.

MARZO.—1840.

## SECCION PRIMERA. CIENCIAS.



*Constitucion médica precedida de observaciones meteorológicas.*

MES de Ener.	BAROMETRO Francés.			TERMOMETRO DE Fahrenheit.			HIGROMETRO DE Saussure.		
	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.	8 de la mañana	2 de la tarde.	8 de la noche	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.
1	27p.73	27p.70	27p.70	69° 50	72° 50	70° 10	75° ..	50° 50	60° ..
2	.. 72	.. 69	.. 73	68 50	69 ..	67 ..	69 ..	54 ..	68 ..
3	.. 78	.. 77	.. 81	66 ..	67 50	66 50	73 ..	64 ..	69 ..
4	.. 68	.. 84	.. 88	66 20	69 50	66 80	67 ..	59 ..	64 50
5	.. 85	.. 83	.. 85	63 ..	72 35	68 50	69 ..	53 ..	65 ..
6	.. 85	.. 80	.. 82	66 ..	73 50	71 10	75 ..	67 ..	76 ..
7	.. 80	.. 78	.. 82	69 ..	74 90	71 50	77 ..	62 25	67 ..
8	.. 84	.. 80	.. 83	62 50	75 50	71 25	68 ..	60 ..	66 ..
9	.. 90	.. 83	.. 83	62 ..	74 35	71 40	64 ..	62 ..	70 ..
10	.. 82	.. 79	.. 80	68 ..	75 50	71 50	62 ..	58 ..	67 ..
11	.. 82	.. 78	.. 83	68 50	75 ..	72 ..	68 ..	57 ..	66 ..
12	.. 85	.. 80	.. 84	68 50	76 ..	73 ..	67 ..	56 ..	67 50
13	.. 85	.. 83	.. 82	69 ..	72 50	70 ..	70 ..	61 ..	66 ..
14	.. 82	.. 78	.. 82	68 ..	72 ..	.. 66	66 ..	61 50	70 ..
15	.. 83	.. 75	.. 80	67 ..	73 85	70 ..	72 ..	67 ..	73 ..
16	.. 83	.. 82	.. 83	67 ..	71 50	68 ..	74 ..	64 ..	76 ..
17	.. 84	.. 80	.. 85	67 ..	71 75	69 50	75 ..	69 ..	76 ..
18	.. 85	.. 83	.. 88	67 50	72 ..	69 ..	75 ..	60 ..	63 ..
19	.. 95	.. 92	.. 95	67 50	68 ..	66 25	70 ..	57 ..	64 ..
20	.. 94	.. 88	.. 90	66 ..	72 50	69 50	70 ..	53 ..	63 ..
21	.. 86	.. 78	.. 75	66 50	74 80	69 ..	65 ..	50 ..	70 ..
22	.. 75	.. 66	.. 68	70 ..	77 50	73 50	77 ..	62 ..	70 ..
23	.. 68	.. 68	.. 75	73 ..	74 50	73 ..	75 ..	68 ..	77 ..
24	.. 80	.. 75	.. 80	71 ..	78 ..	74 ..	78 ..	70 ..	78 ..
25	.. 82	.. 60	.. 83	71 25	75 50	73 ..	76 ..	73 ..	74 ..
26	.. 83	.. 80	.. 82	72 ..	76 50	74 ..	77 ..	79 ..	74 ..
27	.. 83	.. 73	.. 80	73 ..	77 ..	73 50	74 ..	68 ..	75 ..
28	.. 75	.. 70	.. 76	72 50	75 50	73 ..	72 ..	64 ..	75 ..
29	.. 68	.. 66	.. 68	72 ..	77 ..	74 ..	73 ..	62 ..	68 ..
30	.. 67	.. 67	.. 75	72 ..	77 ..	74 ..	75 ..	67 ..	7 ..
31	.. 75	.. 74	.. 76	74 ..	79 ..	75 50	72 ..	66 50	80 ..

LLOVIZNAS.—El 1 después de las oraciones, el 2 a 8<sup>1</sup>/<sub>2</sub>, insignificantes, el 3 de 3<sup>1</sup>/<sub>2</sub> a 6 de la mañana, el 16 a 5<sup>1</sup>/<sub>2</sub> de la tarde. el 17 a las 10 de la mañana, el 25 en la noche a prima, el 26 a 1 del día y 10 de la noche, y el 27 a 1 de la madrugada. CHUBASCOS.—El 9 a oraciones, el 23 de 10 a 12 del día, el 25 a medio día, el 28 a 5<sup>1</sup>/<sub>2</sub> de la tarde. AGUACEROS.—El 1 de 2 a 9 de la mañana de cuando en cuando, el 23 a las 5<sup>1</sup>/<sub>2</sub> de la tarde.—NUBARRONES.—La mañana del 3 casi todo el día 16 y 19.

# ESTADO DE Hospitales.

ENFERMEDADES.		MES DE ENERO DE 1840.			
		S. Ambrosio	San Juan de Dios.		S. Francisc de Paula.
			Presos.	Particul	
MEDICINA.	Apoplejía .....	2	..	6	1
	Epilepsia y convulsiones .....	2	..	..	..
	Anginas ..	3	..	..	..
	Gastritis agudas con fiebre.....	3	1	4	1
	Idem crónicas, .....	1	..	..	..
	Fiebres intermitentes.....	20	1	29	2
	Reumatismos .....	4	8	10	..
	Bronquitis ..	22	16	21	..
	Hemoptisis .....	9	4	2	..
	Pleuritis ..	..	1	5	..
	Neumonitis crónicas .....	5	2	17	2
	Afectos del corazon.....	9	..	..	..
	Colitis nerviosa .....	..	..	1	..
	Idem diarréica .....	..	..	11	..
	Idem disentérica .....	6	2	1	..
	Obstrucciones .....	2	..	2	..
	Sífilis y dolores osteocopos.....	45	..	2	3
	Hidropesía .....	6	..	2	1
	Escorbuto.....	8	..	..	..
	Varicela .....	..	5	..	..
Viruelas .....	3	2	1	1	
Anemia ..	..	..	..	1	
QUIRURJIA.	Cantusiones.....	..	2	2	..
	Fracturas ..	..	..	4	..
	Dislocaciones.....	..	..	1	..
	Heridas de armas blancas.....	1	7	..	..
	Tumores simples.....	4	2	2	..
	Idem linfáticos.....	..	..	2	1
	Bubones.....	9	2	4	..
	Fimosis y paraquimos.....	5	..	..	..
	Uretritis.....	20	2	2	..
	Catarros vexicales.....	7	..	..	..
	Hidroceles .....	3	1	..	..
	Fistulas .....	1	..	..	..
	Úlceras y pústulas venéreas.....	8	2	14	3
	Idem simples.....	3	8	8	2
	Idem carcinomatosas .....	..	..	1	..
	Erupciones sarcosas y herpesica	31	5	4	..
	Oftalmia aguda y afecto de ojos.	53	1	..	..
	Erisipelas.....	3	..	2	1
	Hernias.....	13	..	..	..
	<b>TOTALES.....</b>		<b>511</b>	<b>74</b>	<b>162</b>

## HOSPITALES.

### S. AMBROSIO.

Existencia en 1º de enero de 1840.....	400	}	911
Entraron en dicho mes.....	511		
Se curaron.....	501	}	515
Fallecieron.....	14		
Quedaron para 1º de febrero.....			396
La mortandad estuvo á razon de 1, 54 por 100.			

### S. JUAN DE DIOS.

Existencia en 1º de enero.....	277	}	513
Entraron en dicho mes.....	236		
Se curaron.....	195	}	244
Fallecieron.....	49		
Quedaron para 1º de febrero.....			269
La mortandad estuvo á razon de 9, 55 por 100.			

### S. FRANCISCO DE PAULA.

Existencia en 1º de enero.....	130	}	149
Entraron en dicho mes.....	19		
Fallecieron.....	12	}	25
Se curaron.....	13		
Quedaron para 1º de febrero.....			124
La mortandad estuvo á razon de 8, 72 por 100.			

### RESUMEN.

De estos estados y de la práctica de los facultativos de la Habana, se deduce, que en enero reinaron las enfermedades siguientes: el orden en que se colocan, indica su mayor ó menor predominio.

Enero.

Bronquitis.—Fiebres intermitentes.—Sífilis y dolores osteocopos.—Erupciones.—Apoplejías.

*Observaciones prácticas.*

Las enfermedades se han presentado en este mes con poca actividad, gracias á la temperatura moderada que en todo él ha reinado. Debemos exceptuar únicamente las apoplejías y afectos nerviosos, quienes á pesar de su rebeldía no han sido muy frecuentes, lográndose cortarlas solo en el principio. Las fiebres intermitentes han perdido su facilidad en pasar á perniciosas.

Se han enterrado en el cementerio general:

	Adultos.	Párvulos.
Blancos. . . . .	110	51
De color. . . . .	124	62
Sumas parciales . . .	234	113
Total general. . . . .	347	

## FILOSOFÍA.

Helvético.

Ibi fas, ubi maxima merces. Lucret. Phars. 3.



Locke y Condillac habían puesto y formulado los principios de la filosofía de la sensación, bien que habían rete-

nido las consecuencias. Podía decirseles: "Vuestro sistema va camino derecho al fatalismo, al materialismo, al egoismo; y sin embargo, hubieran protestado uno y otro, como en efecto protestaban, que creían en el bien, en la libertad y en la espiritualidad del alma. Pero Helvecio y Sant Lambert que no temían dar á luz todas las consecuencias de la filosofía de la sensación, parecieron: entonces fué negar el espíritu, explicando la superioridad de la inteligencia humana por un accidente de la organización física, y por el concurso de causas exteriores: allí fué el negar la libertad, haciendo de las pasiones el único móvil de nuestra actividad: negaron, en fin, la virtud, reduciendo al interés todo motivo de acción real ó posible.

Al aparecer el libro del *Espíritu* en la sociedad filosófica del siglo 18, hizo el mayor eco. Algunas voces se levantaron del seno de la general aprobación para condenar el libro. Voltaire protestó con estas palabras: "El autor nos había anunciado un libro sobre el espíritu, y yo no veo mas que un tratado sobre la materia." Rousseau escribió una refutación, pero supo que el autor era perseguido y echó al fuego su impugnación. Salvas las protestas del genio, la medianía celebraba el libro de Helvecio con entusiasmo. Elogiándose delante de una mujer entendida el *sistema del interés*, dijo:—"este hombre ha revelado el secreto de todo el mundo."

¿Qué contiene este libro? Qué trae de falso ó de verdadero en las ideas que espresa? Examinémosle en pormenor. La doctrina de Helvecio, toda su doctrina está en el libro del *Espíritu*: las demás obras suyas reproducen débilmente lo que aquí ha dicho. Este tratado se divide en cuatro discursos; he aquí su análisis y encadenamiento.

*Primer discurso.* Según Helvecio, el hombre es un ser puramente sensible como el animal: lo que le hace ser superior consiste en haberle dotado la naturaleza de órganos mas perfectos. "Si la naturaleza" dice, "en vez de manos y dedos flexibles, hubiera dado á los hombres pezuñas de caballo, an-  
"dudieran sin artes, sin habitaciones, sin defensa, vagando todavía por los bosques como bandas de animales fugitivos." Y añade en una nota: "mucho se ha escrito sobre el alma de las bestias; ya se les concede, ya se les quita la facultad de pensar, y quizás no se ha buscado prolijamente en la diferencia de lo físico y moral del hombre y del animal, la causa de lo

que se llama alma de los animales. *Discurso 1.º cap. 2.º.*

La sensibilidad física, pues Helvecio no conoce otra, engendra la memoria, porqué la memoria no es mas que una sensacion continuada, pero debilitada. El juicio no es una facultad aparte; resulta de la sensibilidad y la memoria: el entendimiento no comprende otras facultades. Por lo que concierne á las llamadas activas, todas las reduce Helvecio á las pasiones, que tambien se derivan de la sensibilidad física. Helvecio ni mienta á la libertad. ¿Para qué? No la necesita para esplicar el mecanismo de la vida intelectual y moral segun le ha arreglado. Pensar y obrar: principio del pensamiento—la sensacion: principio de actividad—la pasion, es decir, siempre la sensacion. Nada mas sencillo: esta es la psicología de Helvecio.

2.º discurso. Establecidos tales principios, se trata de deducir una doctrina moral. Pues el hombre no es mas que un ser sensible, su fin en el discurso de la vida es el placer, y placer de los sentidos. Aquí está el placer como único motivo, como la ley única de nuestras acciones. Después de haber deducido así su principio moral de la definicion misma del hombre, Helvecio consulta la esperiencia, interroga los juicios humanos á par que los actos, apela sucesivamente á los individuos, á una sociedad pequeña, á una nacion, á una época y á toda la humanidad; y le vienen de todas partes estas respuestas.—*Que lo útil es el bien; que el interés es la pauta y medida de nuestros juicios y el principio, el solo principio de nuestros actos.* El individuo y la sociedad, los malos y los buenos, obran segun creen que conviene á su interés. Virtudes y vicios son diferentes modos de entender el interés: las unas son buenas en cuanto son útiles, y los otros son malos porqué dañan al individuo ó á la sociedad. Esta es la única distincion entre el bien y el mal.

Oigamos á Helvecio: “¿qué hombre si sacrifica el orgullo de tenerse por mas virtuoso que los otros, al orgullo de ser mas verídico, y sondea con atencion todos los interiores de su alma, no conoce que debe sus virtudes y vicios á la manera diferente con que le modifica el interés personal? Que todos son movidos por la misma fuerza y todos tienden igualmente á su dicha? Que la diversidad de las pasiones y los gustos, en su conformidad ó no conformidad con el interés público decide de nuestras virtudes ó vicios? Sin despreciar al vicioso, es necesario compadecerle y felicitarle de tener un buen

natural, dando gracias al cielo de no habernos dado ninguno de los gustos y pasiones que nos hubieran comprometido á buscar la dicha en el infortunio de otro. Porqué, al cabo, siempre se obedece al interés, y de aquí la inexactitud de todos nuestros juicios y de estos nombres de justo y de injusto prodigados á la misma acción con relacion á la ventaja ó perjuicio que recibe cada uno. "Si el universo físico" dice "está sometido á las leyes del movimiento, el universo moral obedece á las del interés."

Hasta aquí el principio de la moral de Helvecio es muy sencillo. Queda reconocido el interés personal como el motivo y regla de nuestras acciones. Ya podía el autor borrar de su diccionario moral las palabras de virtud, justicia y desprendimiento; porqué la virtud, justicia y desprendimiento implican la noción del deber que Helvecio desconoce. ¿Cuál es aquí el fondo de su pensamiento? Estará Helvecio como hombre, en contradicción con Helvecio el filósofo, ó el buen sentido traerá á las sanas tradiciones una razón estraviada y oscurecida por el espíritu de partido? Creerá Helvecio que estas palabras pueden conciliarse con su doctrina del interés? Veamos lo que él ha querido decir.

Así explica la virtud de la beneficencia: "hombre humano es aquel á quien le es insoportable la vista de la desgracia de otro, y para redimirse de esta pena se ve como forzado á socorrer al infeliz: inhumano á la inversa, es aquel para quien el espectáculo de la miseria de otro es agradable: para prolongar sus placeres niega todo socorro á los desgraciados. Y estos dos hombres tan diferentes, tienden ambos á su placer y son movidos por un mismo resorte." En otra parte dice: "Parece que ciertas sociedades virtuosas se despojan de su interés para dar juicio conforme al interés público sobre las acciones de los hombres, y lo que hacen es satisfacer la pasión por la virtud que les inspira un orgullo ilustrado, y de consiguiente obedecen como cualquiera otra sociedad á la ley del interés personal." ¿Cuál otro motivo podía determinar á un hombre á acciones generosas? Tan imposible le es amar el bien por ser bien, como amar el mal por ser mal. Bruto sacrificó su hijo á la salud de Roma, porqué en Bruto predominaba el amor de la patria por sobre el amor del hijo; cedió á la pasión mas fuerte.

*Discurso 2º cap. 3º*

“La más alta virtud” dice “como el vicio más vergonzoso, es efecto del placer más ó menos vivo que hallamos en entregarnos á él... El hombre virtuoso no es quien sacrifica sus placeres, sus hábitos y sus más fuertes pasiones al interés público, porque es imposible tal hombre: lo es aquel cuya más fuerte pasión se aviene tanto con el interés general, que es casi una necesidad su virtud. Y porque vamos más cerca de la perfección, merecemos más el nombre de virtuosos; y por eso, para determinarnos á una acción mala ó criminal, se necesita mayor motivo de placer, un interés más poderoso y más capaz de inflamar nuestros deseos, lo que supone en nosotros más pasión por lo bueno.”

Así la doctrina de Helvecio resulta clarísima. No es la virtud el sacrificio del placer al deber. El hombre, tal como le hace Helvecio, repugna invenciblemente el sacrificio. Yo, ser sensible, puramente sensible, no puedo conocer ni practicar otra regla que el placer: si yo sé conformar mi interés al del estado, otros no: única diferencia. La verdadera moral tiene por fin no sustituir el deber al interés,\* antes acordar el interés privado con el general. Así cuando Helvecio habla en su libro, de beneficencia, de justicia, del amor de la patria &c. ¡cuídalo! no se trata de ningún sacrificio del interés personal: sus virtudes no son sino formas diversas del interés bien entendido.

Esclarecido este punto, pasa Helvecio á investigar los medios que deben emplearse por el legislador y moralista para gravar la virtud en el alma de los individuos y de las sociedades. Entonces vivamente conmovido de los males de toda especie que afligen á los hombres, se ve conducido á preguntar ¿cómo obedeciendo todos á la misma ley, á una ley tan sencilla, tan fácil de seguir como el interés, todos los hombres no llegan igualmente á la virtud y á la dicha? de dónde viene la injusticia? de dónde el mal?—De la ignorancia.... No basta que el legislador proclame el interés personal como única regla de conducta; es preciso que ilustre á los hombres sobre sus verdaderos intereses y les muestre que la virtud es útil. “Todo el arte del legislador consiste” dice Helvecio “en forzar á los hombres por el sentimiento del amor propio, á ser siempre jus-

\* *Para Helvecio el deber es una abstracción incomprensible.*

tos los unos con los otros." Pero para elló hay que conocer el corazon humano y antes saber, que los hombres, sensibles para ellos, indiferentes para los demás, no son ni buenos ni malos, sino dispuestos á ser lo uno ó lo otro, segun los una ó divida un interés comun: que el sentimiento de preferencia propia, fianza de la conservacion de la especie, le ha gravado la naturaleza de un modo indeleble, y la sensibilidad física ha producido en nosotros el amor al placer y el odio al dolor: que el placer y el dolor en seguida, han puesto y hecho nacer en todos los corazones el gérmen del amor propio, cuyo desarrollo ha dado origen á las pasiones de donde han salido todos nuestros vicios y todas nuestras virtudes.

3.<sup>er</sup> discurso. Helvecio ha comprendido que el moralista tiene que hacer dos cosas: proponer á la actividad humana el fin que le conviene, é indicar los medios propios de alcanzarle. El fin de la vida está fijado—el placer: la ley de nuestras acciones tambien—el interés personal. Queda saber como cada hombre puede llegar ahí. El medio es la educacion.. que no há de limitarse á esclarecer el espíritu, porqué el hombre con su espíritu comprende el fin, pero no tiende á él realmente sino por impulso de las pasiones. El moralista, pues, ha de obrar sobre las pasiones, y Helvecio trata de su teoría. Pero no va derecho á su fin, y explora primero si el espíritu debe considerarse como un don de la naturaleza ó un efecto de la educacion. Mostremos de qué modo se liga esta cuestion con el problema de la educacion. No solo se propone el legislador la educacion de algunos individuos: á todos los hombres se dirigen sus preceptos y sus teorías; pero esto se puede hacer á condicion de que la naturaleza humana sea idéntica. Hay que indagar si las diferencias reales y por lo regular profundas que separan á los hombres, provienen de la naturaleza ó de la educacion. Helvecio afirma la identidad de naturaleza, proposicion estraña, mas propia de su teoría general. En efecto, si como lo pretende la Filosofia de la sensacion, el espíritu es una pura capacidad, una *tábula rasa*, toma sus facultades y sus ideas del contacto con las causas esteriores. Estas mismas facultades ó ideas son las que crean las diversidades y diferencias entre los hombres, desapareciendo toda semejanza en el vacío absoluto. Si pues la desigualdad existe y la esperiencia lo prueba, no puede venir de lo interior: luego viene de lo exterior. Esto

es lo que da á entender Helvecio cuando atribuye á la casualidad ó á la educacion la superioridad ó inferioridad de las inteligencias. Ved como explica Helvecio el resultado: "compónese el espíritu de sensaciones y memorias: la sensibilidad y la memoria son naturalmente iguales en todos los hombres; pues lo que hace ser inferiores ó superiores en unos ó en otros estas dos facultades, consiste en la desigualdad de atencion. Pero la atencion es débil ó fuerte segun la sostenga ó abandone la pasion, y la pasion no se desenvuelve en el alma sino en tanto que sea excitada por los agentes exteriores." Helvecio es muy claro en este punto... En vano se le replicaría que la esperiencia cotidiana prueba lo contrario, presentando una profunda desigualdad de inteligencia entre hombres que han recibido la misma educacion. Helvecio respondería que la identidad de la educacion es imposible, porqué cada uno tiene por preceptor la forma del gobierno bajo el cual vive, á sus amigos y gentes que le rodean y á sus lecturas é impresiones, y en fin, á la casualidad, es decir, á infinidad de acontecimientos que por nuestra ignorancia, no nos es permitido ver en su encadenamiento y causas. "En un momento" dice, "en que Newton no estaba ocupado de ningun asunto, de ninguna pasion, la casualidad le trajo á una alameda de manzanos y desprendió algunos frutos de sus ramas, y dió á este filósofo la primera idea de su sistema..." A la casualidad, pues, han debido los genios mas eminentes las ideas mas felices. ¡Cuántas gentes de gran ingenio quedan oscuras en la multitud por falta de tranquilidad de animo ó del encuentro de un fontanero ó de la caída de una manzana!

Establecida la igualdad de las inteligencias, vuelve Helvecio al problema de la educacion. ¡Secreto sencillísimo!: obrar sobre las pasiones. Aquí ensalza Helvecio las pasiones. "Son" dice "en la moral, lo que el movimiento en la física: si el movimiento crea, anonada, conserva y anima todo, y sin él todo es muerte; así las pasiones vivifican el mundo moral." *Discurso 3.º cap. 6.º*

¿Cuál es origen de las pasiones?—El amor de los placeres de los sentidos: no hay pasion que ahí no venga á parar. "La avaricia nace del deseo de sustraerse á una pena. El orgullo "en nosotros no es mas que el sentimiento verdadero ó falso, "de nuestra excelencia." Es decir, que esta pasion es personal.

"El amor y la amistad.—Amar es tener necesidad... La

fuerza de la amistad es proporcionada siempre á la necesidad que tienen los hombres unos de otros. Si se amase á un amigo en sí, no consideráramos nunca sino su bienestar, y no se le diera en rostro con el descuido de no vernos ni escribirnos."

"El valor.—Todo ser sensible es esencialmente valeroso."  
Lo que significa que uno es valiente por miedo á la muerte.

La conclusion de este análisis es, que nuestras pasiones, tan diversas por otra parte, se encuentran todas en el interés personal de aquel que las experimenta. Con esto casi se concluye la esposicion sistemática de las ideas de Helvecio. El 4º discurso es mas literario que filosófico, y nada añade á la doctrina del autor.

Voy á sacar de esta esposicion algunas proposiciones que resumen todo el sistema de Helvecio, para dar base á mi crítica.

¿Es cierto, como quiere Helvecio, que el espíritu, todo el espíritu, pensamiento y actividad viene de la sensibilidad física? Que todas las inteligencias sean primitivamente iguales, y que toda desigualdad proviene de la educacion y de la casualidad?

¿Que el interés sea el principio invariable y universal de los juicios y actos humanos?

Y aun siendo así, ¿podía erigirse como derecho y venir á ser una verdadera regla moral?

¿Es cierto que el bien y lo útil son idénticos? Reduciendo el bien á lo útil se llega á esa identidad? ó mejor, reduciendo lo útil al bien?

¿Que el mejor medio de producir el bien del individuo ó el bien de la sociedad, sea el de despertar y exaltar en cuanto sea dable el mayor egoismo de cada uno?

¿Que los únicos principios activos de la vida humana sean las pasiones? Qué es de la libertad en un sistema donde se afirma "que el hombre virtuoso es aquel cuya pasión, la mas fuerte, es tan conforme al interés general que su virtud es necesidad?

¿Que el origen de todas nuestras afecciones y de nuestras pasiones sea el amor del placer y por decontado el egoismo?

La primera proposicion resume toda la Psicología de Helvecio.

Tal es la filosofía de la sensacion que viene á parar en un sensualismo grosero. Condillac había suprimido el poder

interior del espíritu reduciéndole á una mera capacidad; pero adhiriéndose fuertemente á la sensacion, hecho todavía interior, la ponía como un principio simple y primitivo. Explicaba todo el mecanismo del espíritu por la sensacion, y en esto no acertó; pero al cabo, no explicaba la sensacion refiriéndola á un hecho de organizacion animal. Helvecio engendra todos los hechos de la conciencia con la sensibilidad, y la sensibilidad con una causa física que ora es un accidente de nuestra conformacion exterior, ora la accion de los objetos naturales. Si nos asombra ver á Condillac explicando al hombre por la metamorfosis de la sensacion, ¿qué decir de Helvecio, cuando atribuye la superioridad del hombre sobre los animales á tener el hombre otra forma en sus manos? Haciendo el análisis del hombre ¿cabe olvidar mas completamente al hombre mismo? Si toda la grandeza intelectual y moral la debe el hombre á un principio extraño y exterior, es inferior á este principio como el efecto lo es ante su causa. A Dios hombre, el dictador, el rey de la naturaleza, como le proclaman las santas tradiciones de acuerdo con el sentido comun. Es un esclavo que debe adorarla, porque ella le la creado. ¡Qué absurdo..! Tócale á la sensibilidad física abastecer de materiales al entendimiento, darle materia de sus ideas y no sus ideas mismas: ella es la condicion exterior y no el principio de los hechos de conciencia.

Pasemos ya á la proposicion en que Helvecio supone que el principio de las desigualdades que se notan en los hombres es la educacion ó la casualidad ¡Paradoja tan conforme á la teoría de Helvecio, cuanto contraria al sentido comun! Suprimiendo lo innato del espíritu se ve Helvecio conducido á sostener la igualdad natural de los hombres, y nosotros, con restablecer lo innato del espíritu, podemos demostrar á *priori* contra Helvecio, la profuuda desigualdad de las inteligencias. Apelamos á la esperiencia. No hay que preguntar á Helvecio cómo es que con la misma educacion ciertos espíritus difieren tanto en naturaleza y grado. Ya nos dijo que la educacion no solo consiste en los principios y métodos generales, sino tambien en todos los accidentes que ocurren en la vida humana y la diversifican á lo infinito; y que así, la identidad absoluta de educacion es una quimera; pero yo invoco los hechos que difícilmente podrá negar Helvecio. Si es verdadero su

principio, se sigue que la superioridad ó inferioridad de la inteligencia están siempre y donde quiera en razon directa de la educacion. Lo contrario se ve todos los dias. ¿Cuántas naturalezas se desenvuelven casi sin cultivo? cuántas se distinguen á pesar de una mala educacion? cuántas que á pesar de que su educacion empieza desde la cuna y que anda solícita con sus cuidados los mas propios á fomentar el menor gérmen de inteligencia, sin embargo de estos cuidados se quedan en la mediocridad? Y porqué?—porqué aparte de los auxilios ú obstáculos que trae la educacion, hay naturalezas que en sí tienen un principio de fuerza que otras no poseen. Pero se dirá: los obstáculos irritan y exaltan el desarrollo de las facultades, y no hay mejor educacion que la necesidad. Sin duda, cuando se trata de almas grandes y de genios eminentes. Un espíritu á quien la naturaleza ha hecho grande, campea en el seno de la necesidad, y un carácter firme y fuerte se vigoriza luchando con las dificultades: al contrario, un espíritu mediano languidee, un carácter débil sucumbe. “La mejor educacion del genio” dice el proverbio “es la necesidad.” Sí, pero del genio solamente.

Invoca Helvecio hechos para apoyar su paradoja; pero estos hechos no le autorizan á decir que á un accidente deben los grandes genios los mas preciosos descubrimientos, ni que al encuentro de los fontaneros de Florencia debió Galileo el dar con la pesantez del aire, y que solo ver la caída de una manzana inspiró á Newton el sistema de la atraccion universal. No.—Helvecio se engaña: la casualidad es la ocasion y no el principio de los descubrimientos de Galileo y de Newton. Otros habían contemplado antes que el filósofo inglés la caída de los cuerpos. Se necesita un genio como el suyo para dar con la ley de la atraccion. Además, si Helvecio hubiera estudiado los procedimientos del espíritu en la invencion de una gran teoría, se hubiera desengañado de que ni el genio mismo basta para el caso. Mucho tiempo antes concibe é imagina el espíritu una hipótesis; lentamente trabaja el espíritu, y de improviso la idea sale con motivo del primer hecho que la casualidad ofrece á la observacion; y de una hipótesis resulta un principio científico.

La naturaleza, ¡cuidado! no sigue la misma marcha que la ciencia. Esta va prudentemente del hecho á la idea: la naturaleza por lo regular va de la idea al hecho. Cuando la caí-

da de una manzana reveló á Newton todo un sistema, no solo estaba preparado para tan magnífico descubrimiento por la fuerza de su genio, sino que columbraba vagamente como una hipótesis, el principio de la atraccion universal: de otro modo, un hecho tan vulgar no hubiera tenido la maravillosa virtud de revelar le tan gran ley. Un dia le preguntaban cómo llegó á descubrirla, y respondió:—“*pensando sin cesar en ella*. Los hechos despiertan, pero no engendran las ideas en el espíritu. He aquí porqué los genios eminentes ven tantas cosas donde el vulgo nada halla que ver.

Lleguemos á la doctrina moral de Helvecio. ¿Es verdad que la ley del interés arregla nuestros juicios y acciones, sea de los individuos, sea de las sociedades? Esta es cuestion de hecho. Veamos lo que pasa en la conciencia de cada uno y en la conciencia del género humano.

¿Qué piensa el género humano? Para mejor comprender su pensamiento: no le considero como actor. Sea espectador. No le pregunto sobre sus actos propios; sino sobre actos que le son estraños y que pasaron ya. Advierto que el lenguaje del género humano no está de acuerdo con el de Helvecio.—Helvecio no conoce mas que un principio de accion, la satisfaccion de nuestra sensibilidad física, y todo su diccionario moral se reduce á una palabra:—el interés. La lengua del género humano es mas variada y rica: habla de justicia, de probidad, de deber: y medroso de que se vaya á confundir el sentido de estas voces, opone el bien al mal, el desprendimiento al egoismo; celebra los sacrificios que cuesta la virtud y los santos dolores que acompañan al cumplimiento del deber. El lenguaje es la humanidad al vivo. El que sepa leerle halla sus pensamientos y sentimientos, es decir, su vida íntima toda entera. Cuando el género humano habla sin cesar del deber en sus religiones, como en sus sistemas filosóficos, en sus legislaciones como en sus poesías, ¿quién osará decir que hay contradiccion entre sus palabras y sus juicios? Que la vida de un hombre esté perpetuamente en oposicion con su lenguaje—es posible, aunque no se ha visto jamás; pero que el género humano mienta así ¡imposible! El es muy serio é ingenuo. Pues si dice verdad, condena el sistema del interés. Pero vamos á los hechos.

¿Cree el género humano como Helvecio, que las acciones no son moralmente buenas sino en razon de su utilidad? Yo

creo que es un deber mio hacer tal accion, y la hago después de madura reflexion, la hago con conciencia de que la pasion no me arrastra y que no ha habido el menor miramiento á mi interés personal: la hago, en fin, porque he creido que debo hacerla. Pero he aquí á la accion que me perjudica á mí y á la sociedad. A los ojos de Helvecio es mala la accion. ¿Y qué piensa el género humano? Unánimemente, que la accion es buena; y lo piensa así aunque no esté en su interés juzgarla tal; y lo piensa así aunque sea víctima como yo de la accion. Mudemos la hipótesis. Creo que es un deber no hacer esa misma accion, y sin embargo la hago: sucede que produce los mejores resultados para mí y para el género humano. Esta accion es buena segun el sistema de Helvecio. Y el género humano protesta contra tal calificacion y declara mala la accion siempre que hay mala intencion. Honra y recomienda el desprendimiento hasta estéril y funesto, y desprecia y proscribte el egoismo útil y bienhechor. El admira una accion útil á su autor, no en razon de su utilidad, sino en razon de los sacrificios que le ha costado, aunque sea útil al que la hizo. En vano habré yo salvado al mundo, si lo que yo he querido es salvarme á mí mismo: el mundo que me debe su salud, no me debe su estimacion. ¡La historia, alguna vez, contó entre los actos de virtud la accion de un hombre, que por vengarse de un enemigo, le curó con el golpe de su espada? Estos y otros hechos que pudiera citar, prueban sin réplica que el género humano profesa en sus juicios la distincion de lo útil y del bien, del interés y de la virtud.

Y esta concepcion del bien y de la virtud ¿no será un ideal concebido, es verdad, por la razon, pero que la voluntad humana no podría realizar? Está hecho el hombre de modo que la justicia y el desprendimiento, nunca hayan existido mas que en especulacion ó teoría? Nosotros confesamos, que el género humano, que sin cesar habla de justicia y desprendimiento, ni siempre se muestra justo, ni siempre generoso en sus actos. El poeta dice: la voluntad resiste por lo regular á la razon. "*Videó meliora proboque, sed deteriora sequor.*" La vida del género humano, la vida real y activa es un reflejo muy pálido de su creencia. ¡Cuánto de grandeza y de magnificencia en el pensamiento! Qué debilidad y qué humildad en la accion! Sí, es doloroso conocerlo; la vida del género humano confrontada con el ideal

que la razon nos propone, es pobre en virtud. ¡Pero esto quiere decir que está absolutamente vacía de virtud? ¡Qué! ¿en el movimiento inmenso de la actividad humana no hay un acto de virtud? ni uno solo? Porque si hay uno, ya el deber no es puramente ideal; ya la virtud no es un fin que propone la razon y que la voluntad no alcanza jamás. Y pues se ha hallado un hombre que ha podido ser virtuoso una vez en su vida, la virtud no es superior á las fuerzas humanas; conviene á nuestra naturaleza: luego los moralistas y legisladores deben describirla en sus libros y en sus códigos, y se rebaja á la naturaleza humana sometiéndola al yugo del interés personal; se la calumnia con suponer que no puede seguir otra regla de conducta. Queda pues reducido el problema á descubrir un acto de virtud. Consultemos todavía la esperiencia. Pero aquí no basta hacer constar la opinion del género humano sobre una accion y ver como la califica. El género humano no puede penetrar directamente las intenciones; juzga en general por las apariencias, cuando no tiene otros motivos á su alcance. Bien sabe Helvecio cuán difícil es sondear las verdaderas intenciones del agente, y á favor de este misterio introduce donde quiere su principio de interés para explicar las acciones humanas. El misterio abre campo á todas las interpretaciones, sin embargo, algunas hay que á la razon le repugnan y al género humano. Este ha creído siempre en el heroísmo de Decio cuando se ofrece por traer la victoria á las armas de Roma, á los dioses infernales; cuando Régulo deja su familia y su patria por volver á Cartago á recibir una muerte afrentosa. Siglos y siglos el género humano ha celebrado estos rasgos de virtud, sin haber podido creer nunca á los sofistas que en todos tiempos han dicho que un cálculo de interés ha producido tales sacrificios, y sin consentir que á sus héroes se les transforme en hábiles calculadores. ¡Qué inverosimilitud! ó mejor; ¡qué absurdo! suponer que el desprendimiento tenga por principio el amor propio. Bien comprende el género humano que si el hombre es solo un ser sensible, su vida no puede tener otro fin que el bienestar, otra pasion que el amor al placer, y que el mayor interés para un ser sensible es el cuidado de su conservacion. Así al ver á Régulo encerrarse voluntariamente en una caja herizada de puntas, no puede creer que esto lo haga por amor al placer; al ver á Asaz arrostrar con las bayonetas enemigas pues-

tas en el pecho y dar el grito heróico que le cuesta la vida, no puede creer que esto lo hizo Asas por amor á la vida. Ningun ser se exime de la ley de su naturaleza: el sentido comun ha pensado siempre que el desprendimiento y el heroismo repugnan invenciblemente á la naturaleza del ser, considerándole solo como sensible.

No se admira el género humano de la virtud, sino cuando cuesta grandes esfuerzos. Sin ir á buscar heróicos ejemplos, nosotros no damos un paso en la vida sin encontrar algun acto de virtud. Y era preciso que así sucediera; *porqué la sociedad no se conserva ni prospera, sino es á condicion de creer en la justicia, en la lealtad y consagracion al deber*; y si esta creencia no estuviera sostenida y fortificada por los hechos, no se arraigara en el corazon del hombre, pues pasaría como una ilusion de las muchas que desaparecen ante la esperiencia.

Después de haber interrogado al universo yo me interrogo á mí mismo, y entrando en mi conciencia, quiero sondear el sentido de mis juicios y de mis actos morales. Me gusta hacer lo que me es útil, y repugno hacer lo que me puede dañar; esto es cierto. ¿Y la razon aprueba siempre las simpatías ó repugnancias de mi sensibilidad? No hay actos que ella declara *buenos* aunque me sean *dañosos*, y otros que juzga *malos* aunque me sean *útiles*? Y al mismo tiempo ¿no me impone el deber de que haga unos y que me abstenga de los otros? Puedo resistir á la razon que me obliga, pero que no encadena al ser libre; pues entonces, aunque yo resisto, siento en cambio todo el peso de la autoridad desoida en mi conciencia, y sufro los remordimientos de la infraccion á que la pasion condujo mi voluntad. Creo en el deber, lo mismo que el género humano. Haga cada hombre la misma esperiencia, y á buen seguro que le falte el mismo sentimiento, la misma fe.

Ahora, ¿el deber pasa en mí de la especulacion á la práctica? Cuando busco la virtud en la historia, la encuentro á cada paso espléndida y solemne, porqué la humanidad solo pone á sus héroes en la historia. Si la busco en la vida comun y en la individual, la hallo todavía; pero aquí no brilla con el mismo esplendor. La historia reproduce solo las acciones memorables, altas virtudes, grandes crímenes; allí no tiene lugar la medianía. En la vida comun, por el contrario, el mal se mezcla con el bien, y el cálculo anda junto ó al lado del despendi-

miento. Así es la realidad; la vida humana con algunas excepciones, no es ni virtud pura ni puro egoísmo. Sea como fuere, la vida de cada uno de nosotros está sembrada de actos de virtud; á cada momento el hombre mas oscuro encuentra la ocasion y la obligacion de ser justo, veraz, bienhechor; resiste á veces, obedece con mas frecuencia á la voz de su conciencia. Quizás no sería aventurado decir que el hábito de la justicia y de la beneficencia hace que no se tengan presentes los actos justos y benéficos. El hombre no lleva cuenta de sus actos de virtud, sino cuando le han costado grandes esfuerzos de voluntad, ó el sacrificio de sus mas caras afecciones. En suma, la esperiencia demuestra que la creencia en el deber es el principio de nuestros juicios morales y el motivo de cierto número de acciones.

Helvecio insiste y dice: "Hablais de virtud y consagracion al deber, porqué no vais bastante lejos en el análisis del corazon humano: id adelante y habeis de encontrar el interés en el fondo de toda accion que se tiene por virtuosa." En efecto, á veces el egoísmo se pone la máscara del desprendimiento, se oculta bajo apariencias que seducen y engañan. Se transforma alternativamente en deseos de los sentidos, en amor de la gloria, vanidad, esperanza de una vida futura, y gusto de placeres intelectuales y gusto de placeres morales. El mérito de Helvecio consiste en haber hallado el egoísmo bajo todas sus formas, á la opinion que suele engañarse con las apariencias, y que admira por lo regular á diestros calculadores mas bien que á héroes. Convengo en ello: con nosotros mismos nos equivocamos, y si procedemos á sondear los secretos de nuestro corazon, hemos de ver que nuestras intenciones no son tan puras como nos lo parecen. Pero, en fin, ¿no hay acciones que sería absurdo explicar por el interés?

Si hago una accion buena y me resulta provecho, el espectador que me juzga tiene derecho de acusarme de egoísmo, porqué no puede penetrar lo que pasa en mi conciencia. Pero supongo que por hacer bien, un hombre sacrifica sus intereses y hasta su vida: será difícil á Helvecio explicar esta accion. Sin embargo, ensayará alguna solucion preguntando si este hombre cree en la vida futura.—Si cree, ¿no hace un cálculo feliz sacrificando una existencia miserable y vacía de dicha, á la esperanza de una ventura eterna? Si no cree, le diré á Helvecio: "¿Que viene á ser la explicacion?"—Hombres ha habido que sin creer en la

inmortalidad del alma, como Zenon, Cleanthe, Spinosa y Hamme, han cultivado la virtud. Digo mas: estoy en que la creencia de la inmortalidad, implica la nocion del deber, y que si para el hombre no existe otra regla que la del interés, él no tiene el derecho de hacer este cálculo. En efecto, ¿porqué cree en la otra vida?—Porqué hay un Dios y un Dios justo. ¿Porqué cree en un Dios justo?—Porqué transporta á otro mundo la idea de justicia que ha recogido en este mundo. Suprímase la nocion de justicia en la conciencia, el hombre concibe todavía un Dios; pero le concibe privado de todo atributo moral. Dios á los ojos de su razon, ya no es el principio mismo de la justicia que castiga el mal y recompensa el bien.—No es mas que la causa del universo.

Por lo demás, este género de cálculo no era tampoco del gusto de Helvecio, porqué él esplica las acciones humanas por un interés físico ó moral que pueda satisfacerse en los límites de esta vida.—Conocía que muchas acciones se escapaban del interés material, y hábilmente ha hecho intervenir los intereses morales. Pero ahora se verá que los intereses morales no son mas que fantasmas que no resisten al análisis. Estos intereses son la vanidad, el deseo de la estimacion, el amor de la gloria, la piedad y la satisfaccion de una buena conciencia.

La vanidad tiene sus placeres, lo sé; pero el hombre no los siente al punto: la vanidad vive de reminiscencias; mas para acordarme de una accion que yo he hecho, no se necesita que se cumpla en el último momento de mi vida. Se dirá quizás que yo gozo de antemano. Sea; pero entonces pregunto: ¿cuál es el placer de la vanidad que pueda compensar los dolores de la muerte?

El deseo de estimacion es un motivo de accion mas poderoso que la vanidad; satisfacer este deseo es uno de los placeres mas deliciosos que puede el hombre experimentar. Pero la estimacion no se dirige jamás sino á un ser moral y supone la nocion de lo justo y de lo bueno. No se estima á un hombre por sus ventajas exteriores, por sus talentos, por su habilidad en calcular sus intereses; se le estima por su probidad y el cumplimiento de sus deberes. Si hago tal accion por cálculo de egoismo, no tengo derecho á la estimacion y tengo la conciencia de que en efecto no me asiste tal derecho. Ni antes ni después de la accion, puedo gozar de una recompensa de la cual conozco que

no soy su acreedor. Dirá sin embargo Helvecio, sabiendo que no soy digno: "esperais engañar la sociedad con las apariencias de heroismo, y gozareis de la estimacion que ella otorga á vuestra accion aunque sin mérito." Cierito. Mas al cabo, espero obtener el aprecio de otros, suponiendo en ellos lo que no hay en mí; á saber: la idea del deber y del mérito, so pena de no haber estimacion posible.

Lo mismo del amor de la gloria. Esta pertenece á la virtud: al cálculo no. Puede que se engañe la humanidad al discernir la gloria. Pero ¡cuidado! cuando corona al calculista; al héroe quiso premiar, no al histrion de la virtud.

No ha llegado Helvecio á abusar tanto de las palabras, que haga hacer entrar el goce moral en su principio del interés. Algunos de sus sectarios han sido los que han tentado este refinamiento.—"Hay" dicen "acciones cuyo cumplimiento nos trae un placer regalado, otras que nos traen amarguras y dolores violentos. Al placer se le llama entonces la paz de una buena conciencia; al dolor, remordimientos: el hombre de bien procede como para gozar de la una y huir de los otros: su virtud es todavía un cálculo, y un cálculo tanto mas hábil quanto que no engaña jamás."

No, el hombre de bien no calcula, pues los remordimientos como la satisfaccion de la conciencia, lo uno y lo otro suponen la creencia en lo justo y en lo injusto. ¿Porqué sufro yo con una accion mala?—Porqué la creo moralmente mala. Cuando yo hago una accion buena por un fin personal, esta accion es buena materialmente hablando, pero no gozo aquel placer esquisito que proporciona una accion desinteresada. Este placer consiste en el sentimiento del mérito, y el mérito todo está en el cumplimiento desinteresado de la ley moral. Así en tal caso, el cálculo haría desaparecer toda esperanza de placer.

En suma, hay juicios y acciones inexplicables por el interés material ó el interés moral.

Y aun cuando todas nuestras acciones se funden en un cálculo de interés, este principio ni sería una verdadera regla moral ni una buena guía en la conducta de la vida.

La regla de nuestras acciones, tal como la pone Helvecio, puede formularse así.—*Hacer lo que es útil.* Puede pasar en todo caso por un consejo, pero la razon no mira ahí una ley que manda imperiosamente la obediencia. Nada me obliga á hacer

lo que es útil: si no lo hago, habré faltado á la prudencia, mas no seré culpable. Hacer lo que me es útil, no es un deber impuesto: es á lo sumo un consejo propuesto á mi voluntad. Negando el sistema de Helvecio, el deber; destruye toda regla obligatoria, y por consecuencia toda moral verdadera.

Creyó Helvecio salvar la moral de la incertumbre, de la oscuridad y del error, sustituyendo el interés al deber. Veamos si lo ha conseguido. En la doctrina del interés, todo hombre se propone la utilidad en sus acciones. Pero ¿está cierto de alcanzarla? No! Puede á fuerza de prudencia, de combinacion y de dicha, multiplicar las posibilidades del éxito. Es imposible que no se le escapen algunas, de modo que él no anda sino tras de un resultado probable. Al contrario en la doctrina del deber: siempre estoy seguro de alcanzar el fin inmediato, el fin moral. Obro con el fin de salvar á mi semejante; si le pierdo en lugar de salvarle, yo no he procedido mal. Como el bien moral es la intencion, puedo siempre alcanzarle. En cuanto al bien material que resulte de la accion misma, la Providencia dispone de él: el hombre pone y Dios dispone, puesto que la esperiencia prueba á cada paso que el resultado se escapa á la inteligencia y al poder del hombre. Demos gracias á Dios de que haya puesto nuestro destino en nuestras propias manos, asignando el bien y no lo útil por fin de nuestras acciones. La voluntad para obrar, sobre todo para obrar entre las pruebas penosas de la vida, tiene necesidad de ser sostenida por la certidumbre. ¿Quién estaría dispuesto á dar su vida por alcanzar un fin que no fuese sino probable?

Ignora, no sabe Helvecio lo que pretende, cuando reduce toda accion á un cálculo de probabilidades. No se imagina las incertidumbres y ansiedades á que arrastra semejante cálculo. La duda es una preparacion para la accion: ¿cómo decidirme yo á sacrificar mis mas caras afecciones y á tentar los mas grandes esfuerzos, si no puedo estar cierto del fin que me propongo? Sin duda en la doctrina del deber le falla el resultado material, mas al cabo ha obrado bien. Su virtud estéril puede servir de ejemplo á sus semejantes; si queda sepultada en la oscuridad, no perdió por cierto la mirada propicia de la conciencia que recompensa al agente con un sentimiento delicioso. Sin la doctrina del interés, siguiendo yo lo útil, si sale fallido mi fin ¿qué me queda para consuelo de los dolores del sacrifi-

cio y para sostener mi virtud desgraciada? Acaso la conciencia de haber hecho todo lo que dictaba la prudencia? Digo quizás, porque no cuento sobre seguro con haber puesto de mi parte toda la prevision conveniente de las contingencias posibles.

Vamos á otro punto. Helvecio identifica el bien y lo útil. Ni es el primero que ha sostenido la identidad. Antigua doctrina que se encuentra en las escuelas mas opuestas. Además, el sentido comun no repugna esta identidad, si bien se declara enérgicamente contra la doctrina del interés. ¿Tendrá razon en esto Helvecio? No lo pienso así. De que fuese concedido, que el bien y la utilidad son inseparables, no se deduce que sean una misma cosa. El bien sería siempre absoluto como la naturaleza misma de las cosas de donde sale: lo útil sería cuando mas el bien en relacion con el agente. Admito pues la relacion íntima y necesaria del bien y de lo útil, y digo que nada es mas falso ni mas pernicioso que el método por el cual Helvecio identifica el bien y lo útil. Pone lo útil como principio, y hace salir de ahí al bien como consecuencia. ¡Error y grave peligro hay en dar así lo útil como medida del bien y decir: *tal accion me es útil, luego es buena en sí, y buena para los otros!* Siendo lo útil el bien considerado con relacion á mí, no puede ser erigido en compás del bien. Al contrario, el bien ha de ser la verdadera medida de lo útil. Ni disto de creer que en la esencia, en el fondo, el bien y la virtud son verdaderas utilidades para el agente, pero no se olvide que mil maneras hay de entender lo que es útil, que se necesita distinguir la utilidad aparente de la real, la relativa y la absoluta, la utilidad que varía con la posicion de la persona y la utilidad que no varía porque corresponde á la esencia misma de nuestra naturaleza. Por ejemplo, lo que es útil á mi sensibilidad, puede no serlo á mi inteligencia; y lo que sirve á la una y á la otra puede dañar á mi actividad. Y además, lo que me es útil cuando me aislo con el pensamiento del comercio de mis semejantes, puede ser perjudicial al restablecer los lazos que me unen á la sociedad. Para juzgar sanamente de la utilidad absoluta de una accion, se necesita que mi espíritu se ponga todo él en el punto de vista mas elevado: se necesita que llevando cuenta á la vez de mí mismo y de todas mis facultades y de la sociedad y del teatro en que debo obrar, llegue yo á concebir el bien y el orden en sí. Desde entonces, arreglaré sobre este plan mi propio bien, y así podré determinar lo que me conviene

de una manera absoluta y definitiva. Mi bien, en este caso, se confunde con el bien en sí; no puede ser contrario, antes nace de ahí como una emanacion. La conexion entre los dos términos es tan intensa y necesaria que se puede establecer una ecuacion: lo útil, el bien. Pero si sigo un orden inverso; si en vez de arreglar lo útil por el bien, quisiera arreglar el bien por lo útil, me espusiera á no comprender ni lo que es verdaderamente útil ni lo que es el bien en sí, reduciría el bien á las estrechas proporciones de un interés variable y fugitivo, y lejos de llegar á la ecuacion harmónica del bien y de lo útil, me encontraría con la oposicion de los dos términos. En una palabra, la razon me dice que yo soy un fragmento del orden universal; gravito hácia este orden, como hácia un centro inmóvil: soy un verdadero satélite; el orden del mundo moral, como el orden del mundo físico, quiere que toda fuerza individual reciba de un principio superior la direccion de todos sus movimientos.

Helvecio, después de haber asentado que el bien se reduce á lo útil y la virtud al interés, se apresura á concluir que el moralista y el legislador deben apelar á todos los intereses, como si este concurso de intereses individuales pudiera producir el interés general. La consecuencia es tan falsa como el principio. Si lo útil es resultado del bien y no el bien resultado de lo útil, es necesario que el legislador apele sin cesar al bien, al orden de la sociedad, al interés general y jamás al interés privado. Porque el interés privado bien entendido halle su conveniencia infaliblemente en el interés general, el interés general no se acomodaría siempre á la satisfaccion de los intereses privados. Si el legislador quiere el orden y la dicha de la sociedad; — que solo despierte en el alma de los ciudadanos el sentimiento de los intereses generales. La exaltacion del interés individual no ha producido jamás otra cosa que la anarquía y la miseria.

Toquemos el último punto de la doctrina de Helvecio sobre la teoría de las pasiones. Por de contado, no es cierto que las pasiones sean los únicos principios activos de la naturaleza humana. A fuerza de simplificar el mecanismo de la vida, la ha falsificado. El principio activo por excelencia es la voluntad que se fué de la cuenta á Helvecio; porqué la voluntad solamente determina nuestros actos: la pasion interviene, sin duda, para disponer y provocar á tal ó cual movimiento; pero no para producirle directamente. Por eso á pesar de la influencia poded-

cosa de las pasiones, el hombre conserva su libertad. La acción de las pasiones es fatal, pero indirecta; la verdadera y única causa de nuestros actos es la voluntad, principio esencialmente libre. Abandonando la vida humana á la acción exclusiva de las pasiones, Helvecio proscibía la libertad; pero no se le daba cuidado de las resultas.

Otro vicio en la teoría de las pasiones. Helvecio entona un himno en honor de las pasiones y no se cuida de su naturaleza y origen. Ni palabra dice acerca de este punto. ¿Se quiere saber de donde deriva Helvecio las pasiones, principio de todo lo que hay de mas digno y generoso en el carácter?—De la sensibilidad física. Ya se echa de ver que el sistema de Helvecio abate la excelencia y grandeza de la naturaleza humana. Rebaja la virtud al interés y la pasión al amor del placer. Examinemos hasta donde va fundado, en el ejemplo de las pasiones que él mismo somete á su teoría; salvo el ver luego si se le han olvidado pasiones que no se pueden reducir al amor del placer.

La vanidad consiste en el deseo de cierto goce encerrándose en una esfera personal. No conozco pasión menos simpática, ni menos comunicativa. Helvecio tiene razon, es un puro egoismo.

El orgullo es vanidad de cierto género que concentra mas todavía en el foco de la personalidad todos nuestros pensamientos y todas nuestras afecciones. El orgullo ahoga toda tendencia á la expansion y á la sociabilidad.

No sucede así con el amor. Helvecio no ve en él sino el sentimiento del placer. Pero además de este sentimiento, hallo en el amor, un juicio sobre la belleza del objeto amado. Si el sentimiento es egoista, lo que yo dudo; el juicio es desinteresado. Cuando admiro lo bello en el mundo físico ó moral, nada hay personal en esta sociabilidad.

Lo mismo digo de la amistad. La amistad es una necesidad, y bajo este aspecto quizás encierra gérmen de egoismo; pero la amistad es un deber y á título de tal, nada mas puro que esta afeccion. Cuando juzgo que es necesario ser fiel á los amigos, es sin acordarme de mí mismo.

Y cuando yo no viese en el amor y la amistad y la simpatía y en todas las afecciones de naturaleza, mas que la necesidad y el sentimiento de la dicha que resulta cuando se satisfacen ¿podría concluir con que las pasiones son esencialmente egoistas?

Me parece que la Filosofía del último siglo ha hecho un extraño abuso de la palabra egoísmo. Siempre creí con el sentido común, que el egoísmo es la tendencia á referirlo todo, á sacrificarlo todo al Yo; que el orgullo y la vanidad son pasiones egoistas porqué concentran toda acción, todo sentimiento y todo pensamiento en la esfera de nuestra personalidad; pero que no sucedía esto con el amor, la amistad, la simpatía y las demás pasiones cuya naturaleza propia es apagarse en la soledad de la persona y desenvolverse en el estado social; por donde pasaba á creer que las pasiones que aproximan y unen á los hombres, no tenían nada de común con aquellas otras que los dividen y aíslan á los unos de los otros, y que si las primeras son egoistas, las segundas tenían un carácter muy diferente. Pero Helvecio me enseña que todo esto es egoísmo. ¿Y porqué? Porqué toda pasión es una necesidad del alma humana. Si eso es lo que entiende Helvecio por egoísmo, estoy de acuerdo. Pero entonces todo amor, hasta el de Dios y de los hombres es egoista, porqué son necesidades de algunas almas. Ello tal amor puede llevarnos hasta sacrificar nuestros mas graves intereses y la misma vida. ¿Que importa? con todo, Helvecio conviene en que es difícil calificar de egoísmo el acto de sacrificarse un padre por amor de su hijo. Por lo demás, la sociedad ha perseguido siempre al egoísmo porqué le consta que no tiene mayor enemigo, y siempre ha honrado la amistad, el amor, la simpatía y todas las pasiones que aproximan y unen á los hombres.

Algun moralista preocupado mas con la práctica que con la teoría pudiera decirme. No veo el fin de esta polémica. Tanto V. como Helvecio reconocen la virtud. El recomienda la bondad, la beneficencia y la veracidad, y pocos hombres han dado mejores ejemplos que Helvecio. Solo que ha referido á otro principio, distinto del de V., la virtud. Poco importa el espíritu con qué se haga una acción, con tal que se haga. Por los resultados se conserva y prospera la sociedad: vive de acciones y no de intenciones.

Voy á responder. Cuando fuese cierto que las intenciones no mudasen las acciones, si el legislador no tiene cuenta mas que de los resultados; el moralista no puede quedar tranquilo. ¿Es indiferente en sí que el hombre haga el bien por interés ó por consagración al deber? Es indiferente que obre como ser sensible ó ser moral? La legislación mira ante todo las consecuencias de un acto, y tiene que hacerlo así porqué la esfera en que ella domina

está limitada á las necesidades de esta vida y de este mundo sensible. La Moral mira un mundo diferente del nuestro, donde la verdadera y única ley es esta: *Haz bien sin mirar las consecuencias*; donde los movimientos esternos que resultan de las *voliciones* son nada y donde las *voliciones* son todo. En este mundo invisible, santuario impenetrable donde el alma se dá en paz al culto puro y desinteresado de la virtud, cumple con su destino moral; destino de que la vida exterior y social no es mas que un símbolo grosero. Si algun dia llega á prevalecer en el mundo la moral del interés, quizás no mudará la superficie de la sociedad y que á impulsos del egoismo, la beneficencia, el trabajo, el valor, todas las virtudes sociales continúen su carrera. Pero ¿que será de la dignidad y grandeza del género humano? Una de las variedades de la especie animal, mas inteligente y mas hábil que las otras.


He supuesto que la legislacion podía estar independiente de la moral, y no es así. ¿Quién inspiró las fórmulas de la ley escrita? quien inspiró los axiomas de la tradicion? Siempre una teoría moral, filosófica ó religiosa. La grande y santa moral del espiritualismo ¿no es la que bajo una ú otra forma ha dictado al mundo las fórmulas de la justicia, de beneficencia y de consagracion al deber que hallamos donde quiera? A este tenor ¿qué puede presentar la doctrina del interés? Apenas hallándose gravadas en los códigos y corazones ha logrado sostenerse, antes se puede decir que cuanto ha tocado hasta hoy quedó ajado.

Mucho pues importa hasta para la práctica, que las acciones se refieran á su verdadero principio y que nuestras costumbres, nuestros códigos, nuestras tradiciones, se pongan bajo la salvaguardia de la doctrina del deber. Es propio de la naturaleza humana pasar de los hechos á las causas; y por consiguiente en moral, de las acciones á su razon metafísica. La ley ó la costumbre no llaman á verter la sangre por la patria. Si la moral me dice que lo haga por mi interés, yo lo dudo, porque se me hace dificultoso comprender un interés mas urgente que el de la conservacion de mi vida. Pero si la moral me dicta el sacrificio á nombre del deber, principio impersonal; no hallo misterio, comprendo que el deber es superior al interés y doy mi vida sin vacilar.

Victor Cousin.

## HOBBES.



 **HOBBES** vivió en el siglo XVII. Para muestra de su metafísica va el siguiente rasgo.—*Nada existe que no sea cuerpo ó accidente de cuerpo. Dios no es lo uno ni lo otro.....* “En el estado de naturaleza no había príncipes, ni leyes que son las reglas supremas del bien y del mal moral, de lo justo y de lo injusto, de la virtud y del vicio. Por consiguiente el hombre no reconocía entonces superior, vivía en una absoluta libertad, igualdad é independencian y la sola ley ó regla de su conducta era el dictámen de cada uno dirigido á su propia conservacion y bien estar. Todo lo que se ordenara á este fin no podía menos que ser bueno justo y virtuoso segun el axioma:—*Quid quid conservandi sui causa fit, juste fit.* El hombre naturalmente apetece su conservacion y su mas cómoda subsistencia y así tiene un derecho indisputable á cuanto estime útil ó conducente al logro de tan justos deseos. Conducido pues ó pudiendo conducir á este efecto todos los bienes del universo, resulta que en el estado de naturaleza todos los hombres tienen un derecho igual á todo, ó como dicen los publicistas: *jure naturae omnia bona sunt communia.*

Siendo pues tal la constitucion y digámoslo así el genio del corazon humano ¿qué fuera capaz de poner un término á los proyectos y empresas de los hombres en un estado en que no teniendo otra ley que su apetito, todos se consideraban con un derecho incontestable á cuanto se les antojara? Poseerlo todo, dominarlo todo.... por todos los medios posibles: tal debiera ser *naturalmente* el empeño mas acolorado y activo de todos en comun y de cada uno en particular. Y desde este punto de vista ¿que se espera ya ver sobre la faz de la tierra, sino todos los horrores de la guerra mas cruel y sangrienta de unos con otros y de todos contra todos. No hay remedio: todos son rivales: luego enemigos jurados unos de otros. Todos se temen porqué siendo cada uno árbitro de sí mismo, todos pueden todo lo que quieren

y quieren todo lo que pueden: luego siempre estan con las armas en la mano: ni pudieran dejarlas por un momento sin aventurar sus bienes y sus vidas. He aquí, pues, el verdadero carácter del estado natural: *guerra universal y recíproca: guerra encarnizada: guerra irreconciliable y eterna.* Cada hombre es un competidor: cada semejante un enemigo, cada patriota un tirano: cada vecino un traidor, cada doméstico un asesino. No hay padres ni hijos, no hermanos, no deudos, no amigos.... un odio implacable y feroz los anima.... mejor diré los agita, los enfurece á todos, porqué anhelando todos al goce esclusivo de unos mismos objetos, ninguno puede conseguirle sin la destruccion de los demás. *Horresco referens.*

*Tilano.*

## QUIMICA.

### *Accion del cloro en las bases salificables orgánicas.*

Mr. Pelletier ha comunicado á la Academia francesa una memoria de la cual se deduce:

1.º Que el cloro no se combina con las bases salificables orgánicas.

2º Que obra descomponiéndolas, y se dirige principalmente al hidrógeno formando ácido hidrocloreco.

3º Que el resultado de esta accion es la formacion de una sustancia particular para cada base. Estas materias son neutras, incapaces de saturar los ácidos; y un corto número parecen capaces de cristalización.

4º Que la estriquina es la sustancia alcaloíde que da mas positivos resultados. Produce con el cloro una materia de brillante color blanco, soluble en el alcohol y en el éter, y compuesta de cinco elementos, cuya fórmula es  $C^{45} H^{26} Az^2 Cl^4 O^5$

Y 5º Que la inmensa sensibilidad del cloro como reactivo de la estriquina (reactivo que estaba todavía por descubrir) es un medio precioso en las *instigaciones toxicológicas* relativas á esta sustancia tan eminentemente venenosa.

## SECCION SEGUNDA.

---


### LITERATURA.

---

Poetas Franceses

#### HASTA EL SIGLO XVIII.

---

 **ONSARD.**—Pedro—nació en el Vendomois 1524 de una familia pobre, y murió 1585. Es el único de los antiguos que merece ser nombrado. Tuvo en su tiempo grandísima reputacion, mas no merece el título de poeta. Francisco II, Carlos IX y Enrique III le favorecieron mucho. Era muy amigo de las palabras griegas y latinas que afrancesaba, defecto que debemos atribuir en parte á lo duro de su idioma en aquellos tiempos. *La promesa, las Cuatro estaciones, y el Himno á la eternidad* son las únicas de sus obras que merecen ser leidas.

**Carlos IX.**—Nació en Saint-Germain-en-Laye 1550 y murió en 1574 dos años después del asesinato de la Saint Barthélemy del que dicen se arrepintió, y ordenó por los consejos de su madre y ministros. Protector de las bellas artes, fué el escritor mas puro y elegante de su tiempo. Ha hecho algunos versos de que se gloriarian los buenos poetas que le sucedieron.—Enrique IV ha hecho tambien algunos versos, mas no tan buenos.

**Malherbe.**—El primero que entre los franceses merece el nombre de poeta, pues enseñó la cadencia, la armonía, y dió regla excelentes. Nació en Caen en 1556 y á su muerte en 1628 había conocido seis reyes, Enrique II, Francisco II, Carlos IX, Enrique III, Enrique IV y Luis XIII. Era tan notable como lo fué después en el mismo género Pirron, pero aquel era avaro, egoista é intolerante. Empleó su vida en la pureza de su idioma.

corrigiendo á su confesor por las palabras de que usaba hasta en el mismo instante de morir. Muchos de sus versos sirven de proverbios. Se hallan en sus cartas algunos pensamientos encantadores. Uno de los primeros ejemplos de la poesía francesa noble y sublime, se encuentra en el elogio que hizo á Enrique IV al restablecer la tranquilidad pública. Es extraño que La Harpe olvide este rasgo en su curso de Literatura.

*Voiture.*—Vicente.—Nació en Amiens en 1598 y á su muerte en 1648 cargó luto toda la Academia, lo que nunca á vuelta á hacer por ninguno de sus miembros: cuando murió, ya Corneille había publicado sus obras maestras. Es muy natural en sus cartas. Sus versos son epístolas, elegías, sonetos, canciones, &c. y pasa en Francia por el primero que usó de la poesía serio-jocosa.

*Benserade.*—Nació en Lions, Alta Lombardía 1612 y murió en París 1691: fué rival del antecesor, y debe su gloria á sus sonetos. Sus partidarios se llamaron Joblins y los del otro Uranins.

*Lemoine.*—Pedro.—Jesuita. Ha sido el primer francés que hizo un poema épico que llamó *San Luis* y tiene mil bellezas y errores. Nació 1602 y murió 1672.

*Chapelle.*—así llamado por el lugar de su nacimiento: jovial y lleno de atractivos, se unió con los grandes de que su cuna le apartaba, y murió de 70 años el de 1686. *El viaje á Provenza* se mira como un modelo de la fácil poesía que dictan el placer y la indolencia.

*La Condesa de la Suze.*—se hizo católica para separarse de su segundo marido que la celaba: gran literata: nació en París 1618 y murió en 1673. Ha hecho madrigales y canciones, mas particularmente ha excedido en la Elegía.

*La Fontaine.*—Juan:—nació en Chateauthierry de Champagne 1621. Su afecto á la poesía se desarrolló de repente á los 25 años de su edad, al oír leer la oda de Malherbe sobre el asesinato de Enrique IV. A su muerte el año de 1695 se le halló cubierto de un cilicio. Cuando hablaba animado, causaba tanto placer oírle como leer sus obras; cuando no, era frío y pensador, y á menudo distraído. Pué para Molière un compañero inseparable. Su pincel fino y delicado, trasunta en las fábulas guiado por su ingenio superior, las costumbres y los caracteres. Corrige nuestros vicios haciéndonos conocer nuestras faltas. No ha tenido con su compañero, rival ni sucesores, y sus cenizas descausan juntas. (Las de nuestro gran Moratin están entre las

de los dos.) Murió en la miseria y le llaman el *buen hombre*, así como á Enrique IV, el *buen rey*. Algunos de sus cuentos son muy largos y en varios no respeta el pudor, ni la decencia. *Il fit, sans etre malin, ses plus grandes malices*. Por encantador que sea su estilo, tiene errores de construccion y de lenguaje; mas esto mismo prueba la originalidad y viveza de su ingenio. Se hallaba muy instruido en literatura antigua. Los mismos defectos que en sus *obras diversas*, se notan en su *Psyché* sacada de Apuleo.

*Regnier des Marais*.—Francisco Serafin:—nació en París 1632 y murió 1713. Ha dejado muchas obras tanto en francés, como en italiano; pues tradujo en verso de esta lengua las odas de Anacreon y otras varias, así como algunas poesías del latin y del español. Su estilo era gracioso y lleno de atractivos, como se puede ver en su *inutilidad de los viajes*, su *Pastor Fido* &c.

*Mme. Deshoulières*.—Antonia de Ligier de la garde—hija del Conde de idem, nació en París 1634. Era bella y dotada de mucho ingenio. Poseía bien el francés, italiano, español y latin, tenía mucha instruccion y mucha gracia para las composiciones cortas, mas cuando acometió á hacer comedias y tragedias, nada hizo bueno, y por sí misma conoció sus faltas. Apasionada de Corneille, no confesó el mérito de Racine. Mientras estaba afligida de un cáncer de pecho que la devoraba y mató en 1694, compuso sus mejores obras, que fueron sus *idilios*, los únicos buenos que posee la francia. Su lenguaje era bien puro. En el año de 1662 tuvo una hija llamada Antonieta Teresa Deshoulières, la cual aunque hizo versos, era mejor su prosa: le faltaba el ingenio de su madre. Murió en 1728 del mismo mal.

*Quinault*.—Felipe:—nació en París de una familia honrada en 1636 y murió en 1688. Antes de los 30 años de su edad hizo diez y seis piezas teatrales de cinco actos y en verso, mas la mejor de todas y que aun se representa es la *Madre coqueta*. Le critican ser tierno hasta en los dichos mas odiosos de sus personajes. Dedicado después al género lírico absolutamente de la ópera, sobrepujó á todos los poetas de su nacion. Sus obras son el retrato de su carácter amable, dulce y sensible: hay pureza, claridad, ingenio y naturalidad en su estilo. Dulcificó cuanto se puede la lengua francesa, y aunque familiarizado con las gracias, rara vez le animaba el uúmen poético. Sus óperas mas estimadas son las de *Aleste*, *Tesco*, *Rolando*, *Alis*, y sobre todas la ele-

gante *Armida*. Tenía talento oratorio, como lo prueba el discurso improvisado que hizo al rey cuando al ir á cumplimentarle por sus conquistas en nombre de la Academia, supo de repente que había muerto el gran Turenne. Tuvo como Racine la felicidad rarísima de que su última obra fuese la mejor. Muchos de sus versos sirven de proverbios.

*Boileau*.—Nicolas Boileau Despréaux.—Era virtuoso, gran literato, mejor poeta y escritor. Honrado á toda prueba, fué satírico solo por corregir defectos y enseñar á no cometerlos. Hijo de un escribano de la gran sala del parlamento, nació en Crône cerca de París en 1636, y murió en 1711. Sabía muy bien su idioma, era muy correcto, y sus versos gustaban á todo el mundo *porque siempre decían algo*. Su franqueza no tenía límites con los que le consultaban ó tachaban, mas alguna vez solía ser cortésano. De todas sus obras las mas estimadas son sus *Epístolas*, su *Arte poética*, su *Atril* y su *Sátira nueva*.

*El Abad de Chaulieu*.—Guillermo Amfrye—nació en Fontenay en el Vexin-Normand, 1639 y murió en 1720. Fué querido de los príncipes de Vendôme por su ingenio y la alegría de su carácter. Se le llamó el Anacreon del Temple, por lo mucho que brillaba en la poesía erótica. Los editores de sus obras no supieron conocer cuales merecían la luz pública y cuales no estaban corregidas. Sus madrigales son preciosos.

*El Marqués de la Fare*—amigo del anterior, tenía ingenio, buen gusto é imaginacion, mas su estilo es á veces bajo é incorrecto. Voltaire dice que á los 60 años vino á versar.

*Vergier*.—Santiago.—nació en Lyon 1657 y murió de un pistoletazo en 1720. La extrema facilidad de su espresion, caracteriza su poesía; mas á veces es débil é incorrecto. Algunas de aquellas son ingeniosas, alegres y agradables. Desempeñó empleos importantes.

*La Motte*.—Antonio Moudart—nació en París 1672 y á los 21 años se representó la primera pieza que hizo á esa edad y tituló *Los Originales*, que no tuvo aceptacion. El discurso que acompaña á su traduccion de la Iliada es muy aplaudido. Su *ensayo sobre la crítica* en contestacion á la que le hizo Mme. Dacier tiene mucha sal, lógica, atractivo y filosofía: fué la disputa, sobre los antiguos y modernos. Murió de 60 años y siempre conservó la dulzura de su carácter. De las cuatro tragedias que ha hecho, la mejor y que aun se representa es la de *Ives de Cas-*

tro que critican *Uorando*. Sobresalió en lo patético. Mas esta obra maestra de la representacion, que á todo el mundo enternece, pierde mucha parte de su mérito al leerla. Su comedia *El Magnífico*, aun tiene reputacion. Muchas de sus odas son buenas, mas sus fábulas no valen nada.

*Rousseau*.—Juan Bautista—hijo de un cordonero de París nació en 1671 y murió en 1741 en Bruselas desterrado de su patria por unas cartas que le atribuyeron denigrando al autor de la ópera *La Hesione* cuya crítica honradamente había hecho antes; y como puso testigos de que aquellas las hizo Sauvin, le castigaron como sobornador. Es de los primeros poetas franceses y ninguno le ha sobrepujado en la oda, siendo sus salmos y cantatas bastantes á inmortalizarle, como lo manifiesta la cantata de Circe, obra maestra. Su talento eleva el alma y sus penas destrozan el corazon: nadie puede leer su vida sin enternecerse, pues hasta le calumniaron de la ruina de su padre y de haberle desconocido. Favorecido por los grandes, fué 30 años objeto de envidia y 30 de compasion. Ha hecho siete comedias en prosa, y en verso algunas, mas no nació para el género dramático. Sus odas mas selectas son las que hizo al conde Du Luc, al príncipe Eugenio, al duque de Vendôme y á Malerbe. El conjunto, el estilo y la correccion, mas que las ideas; hacen el mérito de este poeta, que tenía un don particular para los epigramas. Fué Voltaire su enemigo y rival.

*Moncrif*.—Francisco Agustin Paradis de—nació en París en 1687 y murió en 1770. Se dice que practicó lo que enseñaba en su *ensayo sobre la necesidad y medios de agradar*. Se admira entre sus poesías el cuento llamado *Inútil Rejuvenecimiento*, el *romance á la condesa de Sault*, y el de *Alix y de Alexis*. *El mas inconstante* y sus *Almas rivales*, son buenas; la última es una novela. Sobresalió en las poesías pastorales.

*Dorat*.—Nació en París 1736 y murió 1780. Aunque ha versado en todos los géneros, lo mas adoptado á su carácter eran las preciosas piecitas que llamó *Caprichos*.

*Le Franc*.—Juan Santiago marqués de Pompignan:—mas literato que poeta, nació en Montauban 1709 y fué elocuente, piadoso y de buenas costumbres. Voltaire le ridiculizó por su discurso á la Academia en que dijo que los filósofos trataban de destruir la Religion y el trono. Tenía talento para la poesía lírica como se puede ver en su *oda á la muerte de J. B. Rousseau*;

y en sus *poesías sagradas* hay rasgos bellísimos. Hablaba muy bien su idioma, el latín, el castellano, el inglés y el alemán. Su tragedia de *Dido* se representa aun con aprobacion, y la hizo á los 25 años. Su *Zoraida* no fué admitida. Hizo tambien los *A Dioses de Marte* y una ópera de *Leandro y Hero* aplaudida.

*Bérnard.*—Pedro José:—nació en Grenoble 1710 y murió 1775. Su *arte de amar* le valió el nombre de *gentil Bernard*. Su *carta á Paulina* y su ópera de *Castor y Pólux* son buenas.

*P. de Rivarol.*—Nació en Bagnols de Lenguaudoc 1757 y murió 1801: Sabía mucho y tenía ingenio. La primer obra que hizo fué la *traduccion del Dante*; pero es mucho mejor, aunque muy castigado, su *discurso sobre la generalizacion de la lengua francesa*, coronado por la Academia de Berlin. Su *almanaquito de los grandes hombres* es demasiado largo: le hizo con Champcenetz. Del *diccionario* que emprendió, solo nos queda su buen *Discurso preliminar*. Tenía mucha facilidad para la poesía y buen gusto para la sátira, que empleó pocas veces.

*Delille.*—Santiago:—nació cerca de Clermont en Auvergne 1738 y murió 1813. Su primera obra fué la *traduccion de las Geórgicas*, que le valió el nombre de poeta. Su poema de *los Jardines* está lleno de descripciones pintorescas y brillantes, y el de la *Imaginacion* hecho á las márgenes encantadoras del Bósforo de Tracia, es bueno por todos estilos. Pobre, de resultas de la revolucion, se consoló cantando la indigencia en sus versos. La *traduccion de la Eneida* es la peor de sus poesías. Hizo en Suiza los dos poemas *el Hombre Campestre* y los *Tres Reinos de la naturaleza*; y en Alemania compuso el de *la Piedad*. En Inglaterra tradujo en quince meses el *Paraíso perdido* cuyo trabajo destruyó su vida. Hay poca invension en sus obras, pero la brillantez de su colorido, la armonía sostenida de su versificacion, y la ingeniosidad de sus pormenores descriptivos, no tienen con que compararse. Sus mejores obras son las *Geórgicas*, la *Imaginacion* y el *Paraíso perdido*.


*El Caballero de Parny:*—nació en la isla de Francia 1758 y murió 1814. Sus *elgias* estan escritas con buen gusto y sencillez notable, brilla en ellas su purísima dición y una sensibilidad esquisita. El tacto y la gracia de sus poesías críticas, no le abandonaron en los *cuadros de las flores*, los *disfraces* y otras lindas composiciones. Cantó para mengua suya la *Guerra de los Dioses* en el tribunal de las furias..... del Terror.

## SECCION TERCERA:

# COSTUMBRES.

### MI VIAJE A TIERRA-DENTRO.

#### SEGUNDO ARTICULO.

 L fin llegué á una especie de descampado, con honores de ciénaga y achaques de derrumbadero, que es el lugar que llaman Garcini. Yo que llevaba mis zapatos charolados, blanquísimos de patente y un flus del mejor gusto con el cual imaginaba hacer por lo menos una conquista en el camino, me quedé parado entre la barra y el lodo, recorriendo con vista de linces todo el terreno sin encontrar ni una pulgada donde asentar el pié en seco, y lo que era peor, viendo agruparse sobre mi cabeza una turbanada que prometía ahogarnos como el diluvio. Mientras estaba en esta contemplacion, entre rana y barado, llegaron otros carruajes y nos barrieron el paso, armándose tal pelotera que parecía un dia de Reyes. Por dicha mia soy gimnástico, y al ver aquella balumba de carretones, quitrines y volantes, me lancé á uno de los primeros con la agilidad del acuático, y parado en los tercios, me dejé llevar tranquilamente hácia la puerta del lado por donde salían y entraban las cargas. Véame ya junto á las cercas y entonaba el canto de victoria, cuando se me presenta una centinela.

— Abajo el mocito! me gritó levantando el sable.

— ¡Pues qué, mi carga es de mejor condicion que yo? le pregunté.

—Atrás, me dijo en son de darme de planazos.

Solo me quedaba un arbitrio. Llamé á uno de los morenos que estaban en las inmediaciones, le dí una peseta y me llevé á caballito hasta el callejon de entrada de los pasajeros, mientras los tercios iban sin novedad á su destino.

Allí me encontré con otra centinela armada de fusil, que levantaba la culata para echarme en tierra porqué seguía de largo sin presentarle mi papeleta de paso, cosa que ignoraba por no haber estado nunca en Garcini.

Saqué mi papeleta para San Felipe, un escribiente reconoció la carga, me dió el número 9, y „Vea V. la papeleta” grité desde el principio del callejon á la centinela.

Estaba deseoso de tomar mi puesto y de acabar un viaje que con tan malos auspicios comenzaba, cuando oí gritar desde el colgadizo de entrada: ¡“Señor D. Claudio! Sr. D. Claudio!”— Si la cabeza de Medusa se me hubiera aparecido en aquel momento, creo que no me sorprendiera tanto como la vista del padre Antonio que seguía diciendo: “Aquí está el jamon; aquí está el jamon; llegué á su casa en el instante que V. salía.”

Y que quieras, que no, tuve que hacer otra factura y cargar con el jamon á los almacenes.

—A primera vista es útil la invencion del ferro-carril, me decía el padre, aunque mirada bajo un aspecto filosófico, tiende directamente al materialismo.

—Ningun descubrimiento importante ha dejado de recibir esa acusacion, le respondí, ¿mas en qué se funda V. para decir eso?

—En que es el predominio de la máquina sobre la inteligencia. Cuando V. va á caballo, este no anda á su antojo sino que constantemente le obedece, y en esos carros va V. á disposicion del fuego. Sí, amigo mio, esta es una invencion de Satanás. ¡Plantar á un cristiano sin que lo perciba de aquí á Güines en dos horas! Catorce leguas! Le compadezco á V. Sr. D. Claudio, porqué va en esas casillas y quiere embarcarse en el Batabanó en un buque de vapor. Por menos todavía quemó Richelieu, el gran Richelien, á aquel diabólico volatin que enseñó á bailar el minuet á su caballo. ¡Si hubiera inquisicion....! pero todo lo bueno se acaba. ¡Esas precintas de hierro interminables que nunca finalizan ni mudan de apariencia, esos convoyes que se mueven sin oscilacion arrastrados por aquella hornilla de Lucifer de don-

de sale humo, chispas y un olor que ahoga, ¿no le dicen á V. su origen? ¡Y luego....! y luego....! Si se le antoja estallar y ensartarlos á todos Vds. en los cuernos de la Luna! ¡V. se ha confesado Sr. D, Claudio!

—Sí señor, le contesté, pero no porqué tenga ningun fundamento para creer en mi muerte....

—¿No lo cree V.? pues lea, lea V. este papel. Es el castigo de un herege, que se creía superior á los ángeles del cielo.

Y sacó de su manga un pliego de papel que me encargó mucho conservara é hiciera publicar en tierra—dentro, porqué le había traducido del *Mea culpa* el sabio Prior de su convento y sería un antídoto contra los ferro—carriles que intentaban abrir en aquellos parajes.

Apenas le tenía en mi poder, sonó la campanilla y tuve que ir de carrera ó tomar mi puesto. Un aguacero furioso comenzó á caer en el instante: se corrieron los vidrios, se bajaron las cortinas y me hallé encerrado entre dos elegantes que leían los periódicos de la Capital sin soltar una palabra.

Yo, que me veía tan suavemente conducido, decía para mí. "Ello, podrá tener razon el padre Antonio, pero si fué el diablo el que inventó el vapor, yo quisiera muchos diablos de esta especie por la Habana."

Y no teniendo otra cosa mejor, comencé á leer el manuscrito, que decía lo siguiente:

## EL VAPOR.

"Volviendo de Argel á bordo de un buque de vapor, un joven oficial de artillería se vanagloriaba de aquel rápido y seguro modo de navegar que se burla de las corrientes y de los vientos contrarios y para el cual no hay probabilidades de naufragio ni en los vientos ni en las olas.

"Nuestros abuelos, decía sonriéndose á sus solas, y los abuelos de nuestros abuelos, ingenieros poco ingeniosos, habían imaginado hacer entrar el agua y el viento como elementos necesarios en sus sistemas de navegacion y de aquí vienen los triples remos que los antiguos agitaban á los costados de sus naves; y todas aquellas velas redondas, cuadradas, triangulares que los modernos, casi tan atrasados como los antiguos, han fijado como alas, á los mástiles de sus escuadras. Todos aquellos sabios

“de entonces no sabían que solicitar el concurso de los vientos  
 “y de las olas, era someterse también á su capricho y aceptar de  
 “antemano los peligros. ¡Gloria á nuestro siglo que despedaza  
 “las velas como otros han roto los remos! Un fuego interior,  
 “escondido en las entrañas del buque como el alma de ese  
 “gran cuerpo, es quien le da vida y movimiento; ese órgano  
 “único é invisible es el que precipita ó contiene su marcha,  
 “quien le lanza al mar contra la voluntad de la marea ó le im-  
 “pele tranquilo al Norte contrastando la furia atronadora del  
 “impetuoso aquilon.”

“Las ciencias industriales no reconocen ya sino un motor  
 “de todas las cosas, un agente universal, un solo ministro de un  
 “solo Dios, el fuego: él es la bomba y el cañon. Vivifica ó mata.  
 “No se le había ordenado todavía animar y conducir los buques,  
 “era la última palabra de la civilizacion y nuestro siglo la ha  
 “pronunciado. — ¡Gloria á nuestro siglo!

“Todo ha cambiado, ó va á cambiar; el arte del navegador  
 “como la forma del navío, la maniobra como la construccion. —  
 “Toda esa antigua complicacion de cordajes, mástiles, vergas,  
 “velamen, entenas, ha desaparecido delante de la grande unidad  
 “del tubo inflamado. Los poetas suspirarán quizás todavía por el  
 “antiguo método (y ¿porqué cosa no suspiran los poetas?) Y  
 “será porque no podrán decir ahora: *Es una jóven griega del*  
 “*Archipiélago...* ¡Oh! yo le hablaré de su país sobre la cubierta  
 “*lisa y brillante por la tarde, cuando la brisa refresca, cuando la*  
 “*Luna se suspende y se mece en el sutil cordaje como la pálida*  
 “*cara de un amigo cautivo que se esfuerza por vernos al través*  
 “*de las rejas de su alta prision.*”

“O bien... — ¡Qué sé yo? dirán extravagancias.... dirán que  
 “el blason del siglo, el símbolo de la época, es una cazuela con  
 “un tubo,... que se perciben en el horizonte los flotas caminando  
 “cual selva de chimeneas,... que los buques de vapor tienen una  
 “pipa gruesa y que vomitan nubarrones negros sobre la frente  
 “clara y azul del cielo italiano. Luego acabarán por tomarlo á  
 “lo serio y por descubrir el lado poético, porque la poesía está  
 “en todo como lo ha predicado con su palabra y ejemplo uno de  
 “los mas grandes, Victor Hugo, y veremos un dia estos nuevos  
 “buques personificados en fantasmas de neblina, gigantes va-  
 “porosos con una garzota de llama sobre la cabeza, ó volcanes  
 “marinos desprendidos de su base por su propia irupcion y cor-”

“riendo sobre el dorso de las olas con sus entrañas hirbientes y sus cráteres humeantes. Luego... y luego nada.

“Los poetas dirán y harán lo que quieran, no sé porqué me ocupo de eso.—Lo principal es que la ciencia adelante, que no se quieran y no se hagan sino cosas útiles, que la humanidad se perfeccione y que toquemos ya con la vista y pronto con la mano los límites de lo posible. Lo importante es que se pueda, gracias al vapor; llegar de Argel á Marsella con todos vientos, en toda estacion, en hora fija, en menos de las que necesitaría un buque ordinario para ir de Rouen á París y sin el menor temor del menor accidente, aun cuando el mar estuviese tan enfurecido como hermoso y pacífico está ahora. Honor pues, mil veces honor al sig.....

Aquí llegaba el entusiasmo polítécnico del oficial de artillería cuando una espantosa detonacion hizo saltar al aire al buque y á todo el equipaje. Todos perecieron excepto el oficial que se hallaba en la estremidad de la popa y tuvo la dicha de caer sano en el agua, de donde nadando alcanzó una tabla y luego la ribera.”

---

—Tiene á la verdad talento el padre Antonio, exclamé al acabar mi lectura! y sin acordarme de que había quien me oyera, añadí, y ¡qué lógica!

—¡El que estaba hablando con V? me dijo uno de mis compañeros de encierro.

—El mismo, le respondí.

Y antes de continuar, prendió un fósforo, sacó tabaco, nos brindó, le aceptamos y cátenos V. á los tres viajeros estrechados de repente con dos siglos de amistad, ¡Poderoso beneficio del tabaco de la Vuelta--bajo, regalo eminentemente social, enviado por el eterno á nuestro ardiente clima para confundir las voluntades, ahogar el fastidio y desvanecer las malas intenciones! Estoy convencido de que nadie conspira fumando y si Robespierre y su convencion nacional lo hubieran hecho en sus juntas, no hubiera salido de su seno ninguna órden desoladora. Creo que por esto las sesiones del congreso americano, son tan pacíficas é ilustradas. El dia que se obligue á los jueces á no dictar las sentencias rigurosas sino á la mitad de un buen tabaco

caerá en desuso la pena de muerte... Veáse si no ¿porqué lo primero que hace un hombre colérico es botar su tabaco?... Porqué le arroja? Porqué le impide desfogar su ira, porqué es un obstáculo invencible, un dique que se opone á las inclinaciones destructoras de la especie humana. ¡Fumad jueces! Y fumad tambien vosotros, viajeros! Mirad que en dos tabacos hemos llegado sin novedad á San Felipe!

¡Ay, si pudiéramos del mismo modo atravesar las cuatro mortales leguas que quedan hasta Batabanó! Pero tener que seguir solitario este camino, por haberme adelantado un dia, huyendo de la turba-multa de mis amigos, para cuyos encargos solos, tengo que pagar una carreta! Y dejar á mis dos lechuguinos que se van á divertir á Güines con nuestros bailes campestres, mientras yo no veo, ni una mujer, ni una saya colgada en el patio de este almacén!

Aquí fué mi dolor: aquí mi despedida de la Habana. Tiendo la vista por el campo y veo negros llenos de tierra colorada. Miro á la tienda del frente; y percibo nuestros cosacos, con la faldeta de fuera y el machete en la cintura. ¡Pobre Claudio! Si esto te sucede á las puertas de tu casa. ¿qué será de tí en tierra-dentro?

---


## MARIANO

O

### LA EDUCACION.

9 parte.

---

EJAMOS á nuestro héroe, si recuerda bien el piísimo y benévolo lector, con su amigo Emilio y demás comparsa en el baile del pueblecito \*\*\*\* pero como no tenía tanto interés en bailar como aquel, porqué no había venido con señoras á quienes se viera en la precision de hacer los honores, encontró una pareja que valsó lenta y desdeñosamente con él, acostumbrado

en Europa á dar treinta vueltas á la sala mientras apenas descendió de un extremo al otro con su lánguida señorita, que por cierto no iba muy contenta con un desconocido que ni aun siquiera le decía las cosas mas insignificantes, pero precisas en aquellas circunstancias: al fin de este paseo, en que dieron seis vueltas, se sentó cansada la dama, y el caballero se alegró mucho, porqué para él aquello no era bailar ni estarse quieto, y quería una de las dos cosas; aconsejándole el calor y el gentío que obstruía el paso, lo último.

Libre ya de su compromiso, y no descubriendo á Emilio, salió á respirar un poco hácia los patios, llamándole mucho la atención unos grupos que advertía de distancia en distancia en donde no se bailaba por cierto, pues nadie se movía, ni la actitud de unos sobre los otros indicaba que fuese mesa de comida ó bebida adonde estaban abalanzados: acercose pues á uno de ellos, y era... una mesa de juego. Habiendo habido gallos aquel dia, y fiesta, no pudo faltar el baile á la noche; y bailando, no era posible prescindir de una costumbre quizás anterior á la conquista, de una honesta y entretenida *manigüita*. En vano la autoridad le prohíbe y persigue, y casi le ha destruido durante el mando de los tres últimos Capitanes Generales, en vano los hombres zelosos y amantes del país, claman aquí como en todas partes, contra un uso tal vez mas arraigado que en las demás, que no solo es estravagante porqué hace perder el tiempo en una cosa ridícula y mezquina, pues todo lo que se anhela con tanto afan y tanto ahinco por cuantos rodean el funesto tapete, es esperar el importantísimo asunto de que venga una carta antes que otra; por cierto digno de ocupar por tanto tiempo y con tal empeño á seres racionales é ilustrados: así no solo es una pueril pasión, sino que es un abismo donde se arroja frenéticamente su patrimonio, el porvenir de su familia, su propia subsistencia y hasta la honra!... ¡y sin embargo tantos y tantos corren en todos los países á un placer tan necio y á una perdicion tan cierta?..... Los intrépidos *gurrupiés descartaban* y *barajaban* con soltura y aun con cierta coquetería el librito de las cuarenta y ocho hojas: veíanse las pilas de onzas á derecha é izquierda de los dos grandes sacerdotes, que uno en frente del otro, presidían el acto, é inmolaban las víctimas: uno *tallando*, el otro recogiendo el dinero, y preparando las barajas. Había sentadas muchas gentes en derredor de este tapete verde, á la verdad símbolo

aquí de desesperacion mas bien que de esperanza: distinguíanse entre aquella multitud, hombres finos, de buena educacion, hasta ancianos, y como en otros muchos parajes, gentes aun de las mas ilustres, presentando el terrible ejemplar de ver los primeros en la sociedad, ser los primeros en hollar sus leyes: había entre el, tropel imprudentes, charlatanes mordaces, provocativos violentos, y hasta embriagados, que venían á aquel sitio de una prostitucion de cierta especie, á hacer gala de otra clase de prostitucion; pero lo que mas chocó á Mariano, y lo que por cierto repugna mas á todo corazon sensible, fué el ver sentadas entre aquella gavilla de perdidos; ó que se perdían; en aquel garito, pues garito es cualquiera mesa en que se juega; entre aquellos truanes de oficio que especulan con la inesperienza y el vicio; en fin, en un sitio tan degradado, á varias mujeres: las vió con su tabaco encendido, viejas arrugadas, y con toda la resolucion del mas despechado en esta abominable carrera; pero las vió tambien, y las vé todo el que tiene alma, con lágrimas de dolor, á algunas jóvenes bellas, virtuosas bajo todos los demás respetos, víctimas arrastradas á tan inmundos placeres, por la costumbre, por la educacion, por la misma ociosidad y vacío de diversiones sensatas y puras en que se encuentran; arriesgando gruesas sumas, y consumiendo en un momento de disipacion y de indiferencia el pan de sus hijos, la suerte futura de estas desventuradas é inocentes criaturas, condenándolas acaso á la miseria, á la ignorancia su compañera necesaria, y de consiguiente á la ignominia, al crimen... y aun hasta el patíbulo!... y esto una sensible y honrada mujer que se estremecería al menor riesgo que corriesen aquellos dulces frutos de sus entrañas!... ¿Como puede complacerse un ser tan apacible, de una sensibilidad tan esquisita, de una pureza de corazon y de pensamientos tan nobles, como puede complacerse en medio de aquellas caras contraídas, convulsivas, desencajadas; al través de aquellos ojos fuera de sus órbitas, espantadizos y aterrados; al vapor de aquellas bocas entreabiertas en cuyos labios bulle, como una baba de rabia, la esperanza desenfrenada ó la desesperacion blasfema?... ¿Como puede una joven linda y delicada comprimirse contra aquellos corazones agitados duramente por los baibenes de la caprichosa fortuna, ó del terror y del remordimiento?... Ciertamente que esto es incomprendible, y donde quiera que se vé hace estremecer de horror, y deplorar tan triste costumbre.

Y que no se diga que no son así todos los juegos, porqué si carecen de algunas de estas exterioridades, concurren en el fondo absolutamente todas las demás circunstancias: y aun el barniz que se les pretende dar en los palacios de los príncipes, en las salones de los magnates, los hacen mas odiosos á los ojos del hombre pensador: tal como si se pretendiera cubrir el honor y la ignominia con el manto del decoro y de la virtud; tal como la cloaca que por encima se tapase con purpura regada de ámbar y de ambrosía.

Muchos de mis lectores se habrán visto en la azarosa situación en que se encontraba Mariano al borde peligroso de la malhadada mesa: metida la mano en los bolsillos contaba y recontaba los dobloncejos que le había dado Emilio, sin atreverse á esponerlos á aquellas cartas que sucesivamente se presentaban arrebatando el dinero de los que habían apostado en contra, premiando el tino de los que las habían adivinado: parte de su embarazo nacía de esta feliz ignorancia de la que valiera tanto que nadie saliese sobre este asunto, y de la que al mismo Mariano no hubiera dejado de valer el no salir. Pero desde la caída de nuestra madre Eva, siempre hay un tentador en toda indecision de esta especie, porqué el hombre que titubea en si hará ó no hará lo malo, ya está muy cerca de precipitarse: y nuestro héroe tuvo dos tentadores por falta de uno: el Sr. La Sota de cuya generosidad y finura hemos tenido ya motivo de hablar en otra parte, que tallaba de cabecera frente á frente de Mariano con una elegancia sin igual, con un desprendimiento, á lo menos en apariencia, que le acreditaba de hombre de buena educacion, y con una condescendencia para con los puntos que pasaba ya de raya; no así su compañero que mas adusto, y descartando mientras las tallas, ó cobrando cuando venían las cartas, tenía un gesto inexorable, un mirar de Cancerbero y una mano de guarda: llamábanle el Sr. Pegote no se porqué menjurge con que solía unir los naipes que no le acomodaban que anduviesen sueltos. El Sr. La Sota pues, saludó graciosamente á Mariano, mirándole de una manera casi como si le insinuara, ¿no peca V?

—Tiene V. mucho juicio, ya lo veo, le dijo.

Y Mariano muy encarnado apenas pudo prorrumpir en algunas palabras casi escusándose de no jugar, como si cometiera una falta. El segundo tentador fué Seide á quien la oleada de las gentes arrojó por aquellos parajes.

¿Qué, no pone V. á una cartita siquiera para despuntar el vicio?

—Si casi no sé....

—¡Qué diantres! la primera que viene gana, respondió, el asunto está en acertarla.

Así pasó el famoso Rubicon nuestro pobrecillo y novato joven, como cuantos le han pasado en todas las demás cosas, temblando al atreverse, deplorando después las consecuencias de su arrojó. Arriesgó su primera apuesta, y en segunda otras varias con alternativa tan siniestra, que por una que ganaba perdía cuatro; y muy pronto acabó con el préstamo de Emilio y acabara con la herencia de un tío en Indias. El Sr. La Sota, siempre atento, siempre generoso, le dijo que podía jugar cuanto gustase, y Seide le aconsejó que no desperdiciara la ocasion de desquitarse y quizás de ganar mucho dinero, —“porqué cuando se empieza perdiendo, añadió, es muy buena señal.” ¿A que detenernos en lo que todo el mundo babrá inferido ya? nuestro inesperto Mariano, sin sentir perdió dós mil pesos mas, que en virtud á un recibo, corto, de cuatro letras, el Sr. La Sota le anticipó, por de contado con autorizacion de la sociedad talladora, ó de Banqueros, y se entiende que á cargo de su Sr. Padre; y gracias á que Emilio acudió prontamente y arrastró del brazo al pobre muchacho, que ya estaba aturdido, y sin saber donde se hallaba de piés; conduciéndole á una cena aunque era bastante tarde, no con las damas que ya se habían retirado á descansar, sino en casa de un amigo, donde se juntaron tambien como era natural, D. Meliton, D. Cipriano y Seide, como compañeros de viaje.

La cena era en casa de D. Timoteo, especie de güajiro con sus puntas de hacendado por no sé que pedazo de cafetal y que rinchada de potrero que poseía allí cerca, su casita, su aire de medio señorito, porqué sus negros le decian niño, aunque lindaba con los cuarenta, y porqué alguna vez venía á la Habana, y hablaba de la Pantanelli, del Bufo, del teatro de Tacon y de lo terrible que era Duclós en el papel de Edipo: en una palabra, era lo que por allá en la Península suele llamarse un ganso vestido de limpio. Había corrido la palabra entre algunos amigos, sobre todo entre los elegantes forasteros, de que en su casa se tomaría un buen jigote después del baile, y los músicos y danzantes no dejaron de concurrir á la cita. Muchos eran los convidados; y el

baile, el trasnochar, y aun el perder su dinero abre desaforadas ganas, sobre todo en vientres de treinta años para abajo: pocos eran los que no devoraban, porqué casi ninguno pasaba de aquella edad, hablando y riendo á las mil maravillas, y como si no se debiera dormir en los dias de funcion; pero en la juventud reboza la vida y el ansia de gozar, mientras que en la helada vejez se busca el sosiego, se necesita del reposo, se encuentra una especie de placer en el lento desfallecimiento precursor del sueño profundo de la tumba. Distinguíase entre todos un jovencito con su pelo cortado á lo cabeza de Medusa, con su barba de Abderamen, que comía, trinchaba, reía, charlaba, y se celebraba sus agudezas, que menudeaba como fuego graneado... el tal D. Espolin, pues era su nombre, ardía en un candil.

—¿Y donde has estado estos dias? le preguntó otro personaje de sus libras; no te hemos visto en ninguna parte.

—En Madruga, querido, allí al lado de la *paila*, con estos muchachos; y señalaba á nuestros antiguos conocidos Casimiro y Ernesto.

—Compadre, te secarías por aquellos *cuavales*.

—Como me seco yo en todas partes: pregúntaselo á estos muchachitos: hay bastante gente ya en Madruga: y sobre todo en casa de la Marquesa de... se reúne lo mas escogido.

A este nombre salió Mariano de la especie de letargo en que yacía, indiferente del todo á cuanto le rodeaba. No era el haber perdido lo que le abrumaba, pues apenas se apercibió de ello en el momento, mucho mas habiendo sido papel el que corría, cosa que se desliza como el agua sin sentir y á torrentes; si hubiera sido dinero, sintiera mas la punzada, entonces se le da mas de cuatro vueltas á cada onza: en fin, el nombre de la Marquesa nos volvió nuestro héroe á la escena.

—¿Y qué muchachas! añadió Espolin, qué ninfas las de nuestros cafetsles! unas sobrinitas de la Marquesa; sobre todo una Paulita....!

La atencion de Mariano redoblaba.

—¿Las hijas de D. Telesforo? preguntó uno de los concurrentes.

—Las mismas, pero la Paulita.....

—Vaya, vaya, Espolin ¡sus cosas! le decían por todas partes.

Emilio no pudo menos de excitar á la caridad al bueno de Espolin, que segun parece era de esos mentecatos que piensan

cubrirse de mucha gloria deshonorando lo mas puro que existe en la naturaleza, lo mas digno de veneracion para todo hombre que tiene sensibilidad y honor.

—¡Caridad! Caridad! No parece sino que yo tengo mala lengua.... decía Espolin con cierta risita.

Mariano, que no podía ya mas le replicó:

—Pero supongo, Sr. mio, que la Señorita á quien hace V. alusion, no le ha dado motivo para..... me consta, no puedo dudarle un momento, que no estaría de humor para oir requiebros de una persona que no conocía.

—¿Se figura V. que estaba muy triste? respondió Espolin; pues cónstele á V. lo quiera, lo que nos consta á todos los que tuvimos el gusto de verla, es que se hallaba muy contenta, muy amable, muy.....

—¿Si se le figurará al Sr. D. Mariano, replicó Ernesto, que porqué Paulita le hizo alguna cara en el cafeta!, ya iba á sepultarse viva cuando se separase de él? ¡vaya! vaya!.... ¿Pues la conoce V. bien?

—¡Hola! exclamó Espolin; compadre ¿era V. el dije de Paulilla en el cafeta!?

—Ni yo le he sacado á V. ningun niño de pila, y de consiguiente no sé de donde nos venga ese compadrazgo, ni á V. le importa si soy, fuí ó seré alguna cosa de esa ú otra señorita; y creo muy chocante que se le llame Paulilla.....

—Mariano, le dijo Emilio, esos diminutivos son aquí de aprecio, es menester no tomar las cosas siempre por donde quemano nos hemos reunido mas que amigos alegres, y nadie ha faltado á Paulita, porqué ni ella da motivo, ni ninguno lo permitiría; conque no te exaltes inoportunamente.

—Señor ¿y quien ha tratado de ofender á aquella preciosa niña? dijo Espolin con presteza, y aprovechando el sesgo que había dado Emilio á la conversacion. Se ha asegurado, y vuelvo á hacerle, que estaba contenta, muy contenta, que bailó hasta mas no poder, y que no dió indicio de ninguna melancolía.... por lo menos yo que tuve la felicidad de que me honrase tanto, bailando y hablando mas que con todos, no lo apercibí.

—¡Pobres mujeres! Estos son los hombres que vosotras preferís! Esclamó Mariano entre sí mismo: pero mas desgraciados todavía los que creemos que..... Señores, dijo en voz alta, yo no sé si esa señorita puede estar triste ni contenta, fué gana de hablar,

además ¿que me importa?—Casimiro y Ernesto soltaron una carcajada de risa, Espolin se atusó las patillas y removió rápidamente su lengua y anillada cabellera, y Emilio volvió á retirar á Mariano de otro burranco en que le precipitaban de una parte su insensibilidad y su excesiva sensibilidad, y de la otra la ligereza ó por mejor decir la imprudencia de cuatro aturdidos: se le llevó pues á dormir, y á lo menos, aunque con amargura, adquirió el pobre y enamorado muchacho, la convicción de que Paulita no se había vuelto á acordar de él luego que se separaron, y mientras él se esponía á todo por volverla á ver; á además, de que la buena acogida que le había merecido en el cafetal era uno de estos caprichos pasajeros, que dejan la misma impresion en el corazon de una mujer de aquel temple, que malas lenguas suelen llamar *coquetas*, que una barquilla en el mar.

Dispersose con esto la reunion, y de tan buena gana, que al dia siguiente se volvieron á la emulacion D. Meliton, D. Cipriano y Seide pero sin Mariano que emprendió con su amigo Emilio otra viajata, acompañando á las Señoras con quien había venido este y lisonjeándose de dar una buena vuelta antes de restituirse con sus padres. Y no hizo mal á la verdad, pues en su casa á muy pocos dias, y despedidos ya todos los huéspedes, sucedieron cosas bantante desagradables, y en que su presencia no hubiera contribuido á hacerlas mas llevaderas. Es el caso que se apació una mañanita el Sr. La Sota, de quien el lecror no puede haber olvidado el nombre ni la especie de relaciones que tenía con Mariano y con su familia: venía acompañado de su cólega el Sr. Pegote, en su quitrin de trio, con un calesero mulato, de estos *cheches* que escupen por el colmillo. Pidió hablar con el Sr. D. Vicente, y mientras volvía, pues se hallaba á la sazón en el corte de cañas, se sentó en el espacioso colgadizo con su amigo, y con Da. Marcela que les hacía los honores con cierto recelo, que si bien la vista de La Sota disipaba en parte, la de Pegote y de su mulato excitaba con mayor ansiedad. Anhelaba por averiguar el objeto de esta matinal visita, y tanto mas cuanto que no se acordaba de haberle conocido tales amigos ó corresponsales á su marido. El Sr. La Sota era demasiado diestro para no apercebir este desasosiego, y queriendo calmarle en parte, porqué á sus intereses convenía el irse ganando aquellas gentes *por las buenas*, segun la enérgica espresion de esta especie de truhanes, le dijo como con indiferencia,

- El domingo vimos al Sr. D. Mariano tan bueno y tan alegre.
- ¡Hola! V. conoce á Marianito?
- Si Señora, y aun para decir verdad, asuntos suyos me traen por acá.
- ¡Asuntos suyos!..... Pues ignoro.... él no salió mas que á divertirse.
- Por eso Señora, por eso; se entretuvo algun poco en jugar á los gallos.
- ¡A los gallos! pues si el pobrecito no los ha visto en su vida!
- El jugar y el rascar todo es empezar, respondió Pegote con soflama.
- Por otra parte, llevaba unicamente el dinero preciso añadió D.<sup>a</sup> Marcela.
- Pero á un hijo del Sr. D. Vicente Menchaca, no le falta dinero en ninguna parte; contestó al punto La Sota con cierta gracia y urbanidad.
- Lo estimo mucho, pero.....
- En esto se descubrió á D. Vicente que aguijoneaba su caballo para llegar pronto, luego que le avisaron el arribo de tan inesperados huéspedes: levantáronse para recibirle los buenos perñanes, y D.<sup>a</sup> Marcela que aunque bonaza había comprendido ya todo el misterio; tal era el arte con qué se le habían descubierto; recelando malas resultas de la primera impresion de esta noticia, se apresuró á decirle.
- Aquí tienes á unos señores amigos de Marianito, á quienes les debe muchas atenciones....
- Señores, dijo D. Vicente al apearse de su rosillo, doy á Vds. mil gracias.... tomen Vds. asiento, no se incomoden por mí.
- Si señores, siéntense, siéntense, añadió D.<sup>a</sup> Marcela afectando una gran complacencia; han estado en los gallos: habrán jugado algun gallito.
- ¡Buena tontería! respondió al instante D. Vicente: así no se hace mas que perder el dinero bobamente.
- Lo mismo opino yo, contestó La Sota, y por eso no me sucedió lo que á Marianito....
- ¡Toma! ¡Perdío! ¡Que! si es el mas simple del mundo: por fortuna que no se dejaría allí la mina de la Valenciana, porque apenas llevaba algunos doblones.....
- ¡Vaya! Vaya! V. me sonroja, Sr. D. Vicente, ¿estando yo allí, podía faltarle lo que quisiera á un hijo suyo...? Pero que?

estuvo muy moderado! Si apenas se empeñaría en unos mil pesos!

—Pues me gusta la moderacion...! Pero señor ahorrémonos de razones, ¿V. le anticipó estos mil pesos?

—Y veinte mil que hubiera querido. ¿Podía yo faltar á la familia de los Menchacas?

—Ya, ya. Aunque V. es una persona para mí de mucha consideracion, necesitaría....

—¿Su recibo?... Aquí está, aquí está, con otro de doble cantidad que perdió por la noche jugando al monte en el baile con sus amigos.

—¿Es decir que el dia fué completo? prorrumpió D. Vicente ya fuera de sí.

—¡Santa María de Alta Gracia! exclamó D.<sup>a</sup> Marcela, tan atontada como su esposo.

—Señora, no se asuste V., no hay motivo me parece.... creo que me manejo con toda la política....

—Y que es una buena bobada dijo Pegote, porque cuando viene uno á pedir lo que es suyo....

En esto el mulato dió doz ó tres pasos resonando sus descomunales espuelas, y haciendo crujir un machete como la cimitarra de Tarfe.

—Muy bueno, dijo D. Vicente después de haberse calado sus antiparras de estaño plateado, y visto los dos *efectos mercantiles* girados á la vista á su cargo por el caballero su hijo desde la sentina del juego, y el arrebata-capas del reñidero de gallos; —pues Señor, mi hijo que libra sin mi órden, que pague ya que firma....

—Eso dice V. en el acaloramiento de su enfado, que yo soy el primero en considerar justo; pero óigame V. Sr. D. Vicente: yo me apresuré á facilitar fondos á Marianito, porque ví allí mil canallas que hubieran abusado de su candor. Sabe Dios por estos tres mil pesos ¿qué sacrificios no le hubieran exigido? á V. le consta como se hace este comercio....

—No Sr. respondió secamente D. Vicente, yo no he estado nunca en casas de juego: los hombres que con el sudor de su frente y con su houradez juntan un pedazo de pan, no van á esas casas: los que deshacen insensatamente los pingües caudales que heredan, son los que las frecuentan.

—No señor, continuó La Sota con su lenguaje taimado, yo no digo que haya V. jugado jamás ni un ochavo; pero le consta co-

mo se despedaza en la plaza á un pobre hombre de bien que se vé forzado á colocar algun poco de papel.... pues si es así en el comercio ¡qué hubiera sido en el juego! esto es todo lo que he dicho.

—Y esto es demasiado, añadió Pegote; si el señor no quiere pagar por sí, pagará por su hijo, amen de las costas.

—No señores, dijo toda desasosegada D.<sup>a</sup> Marcela.

—¡Papel sellado! Con el papel sellado dijo D. Vicente, se podría....

—Principiando con el embargo de la safra, le interrumpió Pegote....

—¿Como? dijo D.<sup>a</sup> Marcela.

—Y el veedor, y el escribano, y....

—Pero en fin, salgamos de esto, dijo D. Vicente, yo daré á Vds. una orden de estos valores al cargo de una casa de su confianza, que después....

Y con esto entró en la habitacion donde puso presto la tal orden en una letra convulsiva que demostraba toda su cólera; mientras que el calesero agitaba su espadon y espuelas bajo pretesto de contener el fogoso trio.

Parece escusado manifestar la prisa que se dieron en recoger la libranza de D. Vicente los acreedores de Mariano, y lo poco que tardaron en meterse en su quitrin, después de unos cumplimientos que D. Vicente recibió rabiando, D.<sup>a</sup> Marcela llena de miedo, y que ellos economizaron ya por estar dado el golpe.

D. Vicente se paseaba sin decir palabra, y solo de cuando en cuando prorrumpía en: *“todo es obra mía,”* *yo lo he querido así.”*

Su esposa temblaba, no por ella sino por su hijo: en fin.... Pero si lo decimos todo ahora no nos quedará nada para la décima parte; paciencia hasta entonces, el que quiera tenerla.



## SECCION CUARTA.

---

### POESIA.

---

#### EL RIZO INSPIRADOR.

---

Al ver el rizo que el semblante bello  
De mi Zalema virginal ornaba,  
Cuando unduloso á la merced flotaba  
De blanda brisa su gentil cabello:

Al ver las hebras que el feliz destello  
De sus ojos angélicos velaba  
O que al soplo del aura divagaba  
En derredor de su nevado cuello:

Sentí de amor volcan inestinguible  
Encenderse en mi pecho palpitante,  
Y rendime á su imperio irresistible

Y admiré de Zalema el dulce hechizo  
Y fui premiado y me llamó su amante  
Y te bendije idolatrado rizo.

## A LEIPPLA.

Zagala preciosa  
 Honor de la Aldea.  
 Delicia del bosque  
 Y luz de la selva;  
 Mas bella á mis ojos  
 Que la primavera,  
 Ornada de galas  
 Y flores diversas:  
 Escucha un instante  
 Con faz placentera,  
 Mi tiernos cantares  
 Y amantes querellas.  
 Ay! plegue al destino  
 Dulcísima Leippla,  
 Que ablanden tu pecho  
 Mis finas ternezas.  
 Te vide en el prado  
 Cual rosa que abierta  
 En fresca mañana  
 Sus gracias ostenta:  
 Del candido lirio  
 Tenías la belleza  
 Y el suave perfume  
 De las azucenas.  
 Tus ojos brillantes  
 Y frente serena,  
 Mostraban las gracias  
 Y amable modestia.  
 Tu angélica boca  
 De risas mil llena,  
 Dejome Zagala  
 El alma suspensa.

De entonces, ¡ay tristes!  
 Padezco una pena,  
 Que nadie en el mundo  
 Remedio le encuentra.

Al alba abandono  
 Mi cama molesta  
 Y salgo á quejarme  
 Por estas praderas:  
 Y cuando la noche  
 Ya cubre la tierra  
 Me arrimo á tu alvergue  
 Y beso sus puertas,  
 "Aquí está" (repite  
 Mi voz lastimera,)

"La ingrata que causa  
 "Mi grave tristeza  
 "Al blando reposo  
 "Tranquila se entrega  
 "En tanto que Delio  
 "Espira por ella."

El viento nocturno  
 Mis ayes se lleva,  
 Y el solo quejido  
 De infausta corneja,  
 Responde en el valle  
 Mi lúgubre endecha.

¡Y será posible  
 Pastora hechicera,  
 Que tú no corones  
 Mi fina terneza?...  
 ¿Por siempre, inhumana,  
 Será que padezca?...  
 ¡Ay! vuelve á mi pecho  
 La paz que desea:  
 Y tanta ternura  
 Con otra compensa.

## VERSOS PUESTOS EN UN ALBUM.

Si alguna vez errando á la ventura  
por olvidadas calles, te encontraste  
honesto dama, en cuya frente pura  
se refleja el candor de la doncella,  
como de noche en las serenas ondas  
la suave luz de rutilante estrella:

Si la viste fijar embelesada  
al claro cielo su mirar divino,  
y la blanda espresion de esa mirada  
al caer sobre tí con dulce halago  
hizo vibrar tu corazon, cual tiembla  
al soplo de la brisa terso lago:

Si pudor é inocencia solo hallaste  
en su rostro, en su cuerpo, en ella toda,  
y encendida al hablarle la notaste  
porqué siendo modesta y hechicera  
el pensamiento solo la conturba,  
y en las mejillas el color le altera—

Ni se atrevió de puro ruborosa  
á detener en tí los caros ojos,  
y por sus labios de carmin y rosa,  
que ocultaban por dientes lindas perlas  
al entreabrirse en púdica sonrisa,  
era ¡oh Dios mio! maravilla el verlas:

Si pensaste mirando aquellos labios  
que solo imprimen fraternales besos,  
y que no saben proferir agravios;  
ni mas que mientras dobla la rodilla  
en el templo de Dios, alzar al cielo  
de un ángel puro la oracion sencilla....

Si así fué la que viste, ¡oh! dime en donde  
esa bella entre bellas escogida  
tanto hechizo y virtud avara esconde.  
La buscaré anheloso, y en la tierra  
hallaré el corazon inmaculado  
que en su centro feliz la Gloria encierra.

*José Z. G. del V.*

## A UNA INCONSTANTE.

¡Beldad funesta al corazon! ¡En donde  
Hallar podré la virginal ternura  
Que tu angélico seno atesoraba?  
¡Do el amor, la constancia y la ventura  
Que afanoso busqué? ¡Ah! Me engañaste,  
Me engañaste, y yo ciego te adoraba  
Y al eco de tu voz encantadora  
Insensato creía  
Que me amabas traidora,  
Y alborozado te llamaba *mia*.

Mi corazon sencillo  
Con tu celeste hechizo sedujeras  
Fementida burlando  
De mi pecho el candor: mas no del triunfo  
La palma ceñirás: tiembla; la ira  
Y la venganza, del amor la llama  
Han helado en mi seno,  
Y en son terrible tronará mi lira.

Ora la rabia el corazon inflama  
En él vertiendo su mortal veneno,  
Y aquel que tierno con sus blandos sonos  
Entregado de amor al sentimiento  
De tu beldad las almas perfecciones  
Ledo ensalzara con acorde acento,  
El que orgulloso de tu amor estaba  
Y tu mentido halago  
Con inmensa constancia y con ternura  
Transportado de júbilo pagaba;  
Sabrá tu horrible y bárbara perfidia  
Al mundo revelar: pudo engañado  
Ensalzar con su canto tu belleza

Tu modestia y decoro,  
 Mas ya desengañado  
 Castigaré indignado  
 Tu doblez tu inconstancia y tu desdoro.

Si pudiste perjura  
 Con sonrisa falaz mi amante pecho  
 Seducir y burlar y abandonarme,  
 Yo sé pulsar la lira  
 Y hacer que se estremezca la hermosura  
 Y que en lloro bañada  
 Implore su perdón avergonzada.  
 Desvaneciose la ilusión que un día  
 Hizo de amores palpar mi seno,  
 Y ora bendigo de alboroso lleno  
 Tu inconsecuencia atroz y tu falsía.


Rápido el tiempo con veloz carrera  
 De oscura nada en el inmenso abismo  
 Los días, los años lanzará inclemente  
 Y tu faz bella de carmin teñida  
 Ajará la vejez cual mustia rosa  
 Que el Cierzo marchitó con soplo ardiente,  
*¡Tú eras muy bella!*  
 Te dirán tus amantes engañados,  
 Y en bano arrepentida  
 Desarmarlos querrás, y ya vengados  
 De tí se alejarán: tu orgullo necio  
 Humillado verás por su desprecio.

Entonces yo también, gentil doncella,  
 Con risa vengadora  
 A la insolente turba mofadora  
 Gozoso le diré: "Mirad la bella  
 "Cual la flor por los hielos abrasada  
 "Sin ventura ni amores  
 "Consumida de rabia y sinsabores  
 "De escarnio cruel y de baldón cargada."

## SECCION QUINTA.

### VARIEDADES.

#### PABLO Y VIRGINIA.

evolviendo sus mamotreto uno de nuestros amigos, se halló entre sus papeles el siguiente *soliloquio* que debe conservarse como una de las primeras obras dramáticas hechas en esta isla.

Fué representado muchas ocasiones, mas no en el público, sino en el interior de algunas familias á principios de este siglo: pues su autor la hizo en cuanto llegó á sus manos la mejor de las producciones de Bernardino Saint Pierre. Se negó á publicarla, y como ha tantos años de su muerte, estaba perdida la obra, hasta que una feliz casualidad nos ha hecho dar con ella: y como encontramos pensamientos dignos del autor de la novela, no hemos vacilado un momento en darla á conoecer.

De buena gana revelaríamos el nombre del autor, mas no habiendo querido hacerlo durante su vida, el depositario quiere obedecer la intencion de su amigo que era ocultarle siempre, para que se vea que es fiel á su voluntad hasta después de su muerte.

**SOLILOQUIO.****PABLO.**

¡Que horroroso silencio!... qué terrible oscuridad!... la vista no divisa ningun objeto...! nada se oye...! se me representa la naturaleza sumergida en un letargo profundo... El movimiento que da vida al universo parece que ha hecho pausa... ¡Qué triste mansion, Santo Cielo!... qué imágen profética del fin del mendo...!

*(Se pasea y dice con dulzura.)*

¡No conozco otra tranquilidad que algunos cortos momentos de un descanso agitado...! Murió Virginia...! Cruel destino, bien puedes correr el velo...! mi existencia ya es inútil...! Felicidad! felicidad...! la mia pereció contigo, mi dulce amiga...! tu último suspiro la quitó lo que tenía de mas precioso, y estos lugares en donde reinaba la alegría, se han convertido en una horrible estancia...! ¿Donde están aquellas delicias que tu presencia les inspiraba?

*(Con mas viveza.)*

No veo mas que un desierto árido y sombrío y una tierra desnuda é inundada de lágrimas donde vivo abandonado... quien me encantaba, ya no existe; y ni aun traza ha quedado de ese país de ilusion... ¡Qué súbita mudanza...! Cuán diferente me parece el universo de lo que era hace pocos dias...! Ah, mi amada Virginia...! pero ya estás convertida en polvo y reducida á la nada.

*(Con ternura.)*

Tú llegaste hasta el borde de tus mas preciosas esperanzas, y ¡qué de trabajos no tuviste que vencer para conseguirlo...! con qué fervor te ibas encaminando hácia la virtud...! Sí amiga, con pasos agigantados caminaba en pos de ella tu juventud.

*(Con fervor.)*

Mas ¡ay! que la pérvida muerte flotante sobre esas olas, agitadamente trabajaba y las impelía á que te sumergiesen en su insondable abismo!

*(Quédase suspenso un rato sentado; levántase y dice paseándose.)*

¡Qué cúmulo de plagas oprimen á la humanidad...! La guerra, el hambre, la peste, las tempestades, los incendios, los volcanes, las divisiones intestinas y las maldades, van á su vez hacien-

do sus estragos y todos juntos desolan á la triste especie humana. ¡Cuántos desgraciados que en otros tiempos se alimentaban en el seno de los deleites, imploran hoy sin fruto la mano fría y lenta de la caridad...! Oh infeliz...! Todos estos males juntos estan en mí recopilados. Todo me persigue, todo me abandona.

*(Hace algunos extremos de dolor y después sigue.)*

¡Tristes víctimas de un amor desgraciado...! Oh madres las mas tiernas, ¡y podreis sobrevivir á tanta angustia...? Ah memoria...! Ociosamente recorro estos lugares asilos de la inocencia, que me vieron nacer y crecer al lado de Virginia!

*(Con furor.)*

Ah Tia cruel...! tú la arrancaste del seno maternal, sí, tú la precisaste á atravesar los mares, tú fuiste la causa de que la Parca cortase el hilo de sus mas floridos años.

*(Sosiégase y habla como fatigado.)*

¡Inútilmente me lamento...! Ya la cariñosa Virginia no existe...! Aquella alma llena de candor...! aquel carácter compasivo...! aquella dulzura...! aquella persuasiva...! aquella gracia natural...! Ah Dios mio, matadme ó contened esta imaginacion descarriada.

*(Deja caerse en la peña como desmayado: sale la luna opaca: música patética sin repetición: Pablo la interrumpe y corre asombrado.)*

¡Virginia...! Virginia...! Sombra...! Ilusion...! Válgame el Cielo...!

*(Repara en la luna con admiración.)*

Oh Luna! Nuestro desgraciado globo es mil veces mas mudable que el tuyo... Te veo pálida y triste.. ¿Acaso serías tú un testimonio sensible de mi desgracia...? Lo demás es una vasta estension árida, y estéril.. Peñascos, desiertos, abrigo de los monstruos, de las serpientes, de las ponzoñas, y de la muerte... Este horrible cuadro de nuestro globo es el de nuestra vida, sus placeres son limitados... Sus males no tienen término,—la negra melancolía encierra al hombre en un recinto estrecho, los dolores le destrozan, las pasiones le agitan y atormentan, las plagas le devoran, y á cada paso se abre el golfo de la muerte dispuesto á tragarle.

*(Con ternura de rodillas delante del sepulcro.)*

¡Y tú tierno objeto de mis ansias...! El amor pensó revivir nuestros amantes corazones...! Oh naufragio...! ¿porqué no perecí en él? dulce esposa, amiga fina...! Ah, si vivieses aunque lejos de

mí...! Ay triste, la naturaleza entera se hace sorda á mis lamentos... El cielo mismo es inflexible...!

Dios eterno, ¿porqué descargas sobre mí toda tu ira?... En este momento de silencio vengo á engañar á mis males; y aliviar á mi alma del peso que la oprime: dignate, oh sombra divina, desde el fondo de tu sepulcro despedir una chispa de aquel fuego con que en otro tiempo animaste mi existencia!

(Queda anonadado apoyando su cabeza en el sepulcro.)

## Magnetismo animal.



HABIENDO tenido ocasion de observar varios casos de sonambulismo, hemos deducido dos ó tres leyes que vamos á someter al exámen de nuestros lectores; es de esperar que la opinion de algunos de ellos se nos rebele cuando hablamos en nombre del magnetismo; mas no por eso hemos de ofendernos: todo el que no halla visto y palpado los fenómenos, si es sabio, debe reflexionarlos con madurez antes de darles crédito: nosotros que escribimos estas líneas y que creemos lo que en ellas decimos, tambien dudamos largo tiempo.

Lo que nos ha sorprendido desde luego en nuestro asunto es un olvido, ó por mejor decir un trastorno de tiempo, que tiene algo de eterno y de divino. Una sonámbula anuncia como pasado lo futuro y como futuro lo pasado.—Habeis recibido, dijo un dia la de que hablamos, cabellos de una mujer rubia á quien amais y que ha muerto.—Era falso; pero algunas semanas después, aquel á quien se dirigieron tales palabras y que había opuesto una sincera negativa recibió una carta sellada con lacre negro, dentro de la cual encontró un rizo de cabello rubio. La sonámbula se había acordado de lo que debía sucederle: *la segunda vista* podría muy bien no ser con frecuencia otra cosa sino la memoria del porvenir. Hay una idea del antiguo William.

Sakespeare que se aproxima á esta reminiscencia de las cosas futuras. "La vida," dice, "es fastidiosa como un cuento referido dos veces."

Por otra parte la prevision es en nuestro concepto un hecho fuera de duda: pudiéramos citar infinidad de ejemplos en corroboracion. Cierta dia dirigiámos á la sonámbula varias preguntas sobre los pasos infructuosos que habíamos dado. "La que buscáis, me contestó, entrará el jueves próximo á las ocho de la noche en una iglesia que hace esquina á la calle Montmartre: no sé como se llama." Esta iglesia era la de S. Eustaquio, y me encaminé á ella: la noche estaba oscura: me paseaba á lo largo de sus naves, donde las columnas lanzaban sobre mí inmensas sombras y donde las lámparas de las capillas centelleaban aquí y allí en un fondo vasto, tenebroso y tranquilo: la iglesia estaba vacía: ningún otro ruido se oía que el de mis lentos pasos: reinaba un silencio solemne: la luna se elevaba sobre una de las ventanas de la iglesia y parecía la pupila del ojo de un cíclope. Era el mes de Diciembre: y los relojes de las torres daban las siete y media: confieso que entonces sentí que desfallecía mi fé: sin embargo la capilla del fondo dedicada á la Santísima Virgen, se iluminó: se descendió como un velo de luz que descendió tras del coro, y que llenó de tinieblas el macizo y oscuro perfil de la nave: hubo movimiento en las sombras. Cuando dieron las ocho llegaron á mi oído acentos invisibles que salían al parecer con las olas de luz y el humo de los inciensos de la misteriosa boca de las estatuas, y que entonaban los graves versículos de la Biblia. Semejante espectáculo me atraía y me dediqué á gozar de la claridad, de la sombra, del silencio y del ruido; y cuando al través de la estrepitosa voz de los cantores, del silencioso horror de las oscuras bóvedas, y la húmeda soledad de aquellas hileras de columnas llegaron hasta mí estas fúnebres palabras *non timebis á timore nocturno, á sagita volante in die, á negotio perambulante in tenebris*; imaginé que la cosa vana y fabulosa lo que se delira de noche en las tinieblas y olvidé el motivo de mi cita: aun cuando el magnetismo me hubiera engañado en aquella ocasion, le estaba agradecido del placer que me dió como artista. Sin embargo, oigo en las sombras un ligero rumor: junto á la pilastra de una columna ondea una túnica y un velo negro que deja traslucir una mirada fija: era ella.

Otro hecho que he repetido con mucha frecuencia y con mucho cuidado para poderle dar como cierto, aunque parecia in-

creible; es la vista de una persona en un espejo ó en un vaso de agua. Pienso en una persona ausente: me represento su imagen, y cuando la he recordado bien, la soplo, por decirlo así, y la introduzco en el espejo ó en el líquido, y en seguida le pongo á disposicion de mi somnánbula. [*Risum teneatis, amici.*]

—Buenos dias, señora, exclamó en una de nuestras aventuras;

—¿Con quien hablais?

—Con una mujer vestida de negro.

—¿Dónde se halla?

—En su cuarto.

—¿En qué se ocupa?

—Está leyendo una novela.

—¿La conoceis?

—No.

—¿Pero la estais viendo?

—Sin duda alguna.

—¿Qué señas tiene?

—Es jóven, morena, de poca estatura; tiene los ojos verdemar y anchas las negras cejas.

—Todo es verdad.

Este experimento se aproxima algo á los espejos encantados de la edad media. El duque de S. Simon con aquella gravedad de historiador y aquella religion de gran Señor, que tanto peso dan á sus obras, afirma que él mismo fué testigo de que un mágico de su tiempo hacía que se apareciesen las personas ausentes en un vaso de agua. En la magia había mucho magnetismo.—Pedimos perdon á nuestros lectores por descender á tan minuciosas y personales esplicaciones; es imposible hablar del magnetismo, mucho mas cuando se habla por curiosidad, como lo hago yo, sin mezclar algo de su vida: me consuela la idea de que cuanto mas fastidioso se encuentre mi artículo, se le supondrá mas sincero; y los lectores me harán el favor de creer que si tuviera algo mas de imaginacion, hubiera tratado este asunto en una novela.

Por otra parte, nada mas movible y fugitivo que los fenómenos magnéticos: he aquí lo que ocasiona que los experimentos sean dudosos, y lo que ha desconcertado las importantes consecuencias á que conduce el atractivo que tiene el descubrimiento de lo maravilloso, y el éxito feliz de las primeras tentativas. Hasta ahora no encuentro en el magnetismo sino una sola facul-

tad invariable y es la de medir el tiempo y la de indicar la hora en cualquier momento del día sin el auxilio de ningún reloj.

He adquirido además la certidumbre que la acción magnética se establece entre dos seres en lo relativo á cierta clase de ideas y de emociones simpáticas. Un amigo mío atacado de una grave enfermedad para la cual habían sido vanos todos mis cuidados, tenía fé en el magnetismo: viendo su hermana el deseo del enfermo y la obstinada resistencia que oponía en él la naturaleza se obligó á servirme de sujeto. Acepté: al principio la ví menos rebelde á mi influjo que su hermano; mas no tuve sin embargo ánimo para someter la acción magnética hasta el sueño. Eran las once de la noche cuando la dejé y prometí continuar al siguiente día el experimento desde el punto en que quedaba: por la noche tuve un sueño poco notable, pero que me agitó demasiado. Mi amigo y yo hablamos arrimados á la lumbre, tenía el rostro como antes de caer enfermo y se reía, entonces se oyeron tres golpes en la puerta. El que entró era el mismo que estaba sentado á la lumbre, con sola la diferencia que tenía taciturno el semblante, empañados los ojos, pálido y lívido el color: estaba mas desfigurado y mas siniestro que lo que la enfermedad le había dejado: al ver en aquel doble ser, por una parte toda su salud y por otra su palidez, se le hubiera creído un viviente en la presencia de su espectro: se apoderó de mí el terror y me desperté. Repito que este sueño nada tenía de particular: todos los días se sienten mucho mas estraños. A la mañana siguiente fuí á casa de la hermana de mi amigo, y preguntándola como lo había pasado desde nuestra última vista: "Bastante bien me dijo, á excepcion de un sueño horrible que me ha oprimido toda la noche y que atribuyo á nuestros menguados signos." El sueño que la había causado un terror vago, se le refirió á su madre al tiempo de despertar, y era el mismo que tuve yo. Estupefacto quedé al encontrarle en sus labios tal como se me apareció de noche en su oscura desnudez y en su dudoso horror: pocos días después murió mi amigo.

Esta influencia me parece sin embargo fugitiva y algo limitada: el poder misterioso de que hablan los alemanes, introduciéndose en su semejante y haciéndose huésped y dueño de una conciencia agena, me parece exagerado; mas no puedo negar cierta especie de fuerza que traslada de un punto á otro la conmoción de una idea ó de una voluntad firme: de aquí esos movi-

mientos repentinos y unánimes que agitan á las masas en ciertos dias. Hay realmente épocas en que vaga por los aires el suicidio, la guerra, la revolucion, el asesinato, que pueden calificarse epidemias morales: efectivamente estas son influencias que pesan en el centro que vivimos por una accion estimulante y magnética. Nadie puede negar tampoco que hay en el mundo miradas que nos fascinan, naturalezas que nos seducen ó que nos fastidian sin que podamos decir porqué: el mundo es tambien una lucha de influencias rivales, una especie de magnetismo universal, donde las pasiones, las ideas y los hombres se buscan en su órden de atraccion y de simpatía.

La naturaleza toda es tambien una vasta simpatía cuyas menores moléculas se atraen y se fecundizan en ardientes raptos de amor. Yo creo con los Geneliathes que el gran magnetizador de la naturaleza es el sol. El astro-dios sirve de receptáculo al fluido, eterno renegador de los mundos, y le esparce sobre la verde masa de la tierra para mantenerla en una perpetua juventud: de aquí es que los antiguos adoraban como padre de la vida al rubio Febo. Siempre se ha creido además que la fuerza magnética residía en el rayo visial; luego el sol es un ojo fecundo, ornato de cejas de oro, que desde el origen de las cosas suspende al mundo con su inefable mirada.

El último fenómeno, que he observado con todo el esmero que merece, es el trastorno de casi todos los sentidos mientras dura el sueño magnético. Mi sonámbula no leía fácilmente una carta sino cuando se la presentaban tras de la cabeza, es decir, en la nuca. El gusto es con frecuencia el mas equívoco, y el mas sometido á la fantasía del magnetizador, que puede dar al agua el sabor de vino, y renovar así sobre su sujeto el milagro de las bodas de Cana. Mi sonámbula no oía sino lo que yo la hablaba: Sucediame con frecuencia darme á entender sin el auxilio de la palabra y obtener respuestas que eran ininteligibles é imprevistas para los demás testigos. Si se me pregunta la causa de tales fenómenos contestaré que no la conozco: estos son los hechos que he visto y palpado, y se acabó. Al final de casi todas las cuestiones humanas, si se dirige una pregunta quedará probablemente sin respuesta: lo que puedo afirmar es que de todos los misterios que he encontrado hasta el presente en la vida (y cuenta que me parece la vida un gran misterio) el mas sombrío y el mas formidable es el del magnetismo.—*Un discípulo de Mesmer.*